

2. UTOPIÁS CRISTIANAS

Jesús «es la piedra rechazada por los constructores, que ha venido a ser piedra angular. En ninguno otro hay salud, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, en el que podamos ser salvos» (Hch 4,11-12).

La vida nueva

La vida nueva iniciada por los cristianos en el nuevo Adán es una vida que los renueva interior y exteriormente; es decir, que no sólo da lugar a hombres nuevos, sino a nuevas comunidades, a modos desconocidos de vivir la condición social humana.

Es cierto, como ya he expuesto con amplitud en el libro *De Cristo o del mundo*, que toda vida cristiana verdadera es utópica: es vida en el Espíritu de Jesús, distinta de la vida mundana. Merece la pena, sin embargo, que recordemos algunos casos históricos en que esa dimensión utópica de toda vida cristiana se ha expresado en perfiles comunitarios más netos.

La comunidad apostólica de Jerusalén

Cantamessa, Cerfaux, Chenu, Coopens, Del Verme, J. Dupont, Gnuse, Haenchen, Jacquier, Lion, Loisy, Lyonnet, Manzanera, Ramos, Rasco, Rius, Roloff, Séguy, Sierra Bravo.

En la comunidad apostólica de Jerusalén comienza, sin duda, la historia del utopismo cristiano, pues allí es donde, por obra del Espíritu Santo, se inicia la vida cristiana. San Lucas nos da la fisonomía de esa primera comunidad eclesial en tres cuadros sintéticos (2,42-47; 4,32-35; 5,12-16), que se inician con esta preciosa definición descriptiva: los creyentes bautizados «perseveraban en oír la enseñanza de los apóstoles y en la unión (koinonía), en la fracción del pan y en las oraciones» (2,42). Resumo el comentario que a estos cuadros hace Jacques Dupont, cuando estudia *L'union entre les premiers chrétiens dans les Actes des Apôtres*.

-El término «koinonía» no aparece en los Hechos sino en ese versículo, donde parece significar al mismo tiempo dos aspectos que van unidos: la comunicación de bienes materiales y la comunión unánime en un solo espíritu. La unión de corazones produce la puesta en común de los bienes materiales, y en ella se expresa (+Manzanera 309). Veamos uno y otro aspecto.

-La comunión de almas: todos unidos. «La multitud de los creyentes no tenía más que un solo corazón y un alma sola» (4,32). Éste es, sin duda, el primer efecto de la koinonía. En efecto, todos los que han creído en Cristo «perseveran en un mismo espíritu, luchando con una sola alma por la fe del Evangelio» (Flp 1,27). Todos, en efecto, «permaneciendo bien unidos, tienen un mismo amor, un mismo ánimo, un mismo pensamiento» (2,2;+4,2; 2Cor 13,11; Rm 12,16; 15,5).

Esa misma profunda comunión eclesial es expresada por San Lucas con el adverbio unánimemente (homothymadon): «Cada día, perseveraban unánimemente en el Templo» (2,46). «Se juntaban unánimes en el pórtico de Salomón» (5,12). Esta unión profunda de todos se expresa especialmente ante Dios, en el Templo, cuando se reúnen para orar:

«todos perseveraban unánimes en la oración» (1,14; +2,42; 4,24; Rm 15,5-6). Parece captarse en estas frases un eco de las palabras de Jesús: «si dos de vosotros se ponen de acuerdo sobre la tierra para pedir algo, lo recibirán de mi Padre, que está en los cielos» (Mt 18,19). Es propio, pues, de cuantos viven de un solo Espíritu estar acordados en un mismo espíritu, e incluso, físicamente, reunirse con asiduidad en un mismo lugar, sobre todo para orar (Hch 2,1.44).

-La comunión de bienes: todo en común. «Todos los creyentes vivían unidos, teniendo todos sus bienes en común» (2,44). La comunidad de bienes materiales fluye directamente de la caridad que ha establecido esa profunda comunión espiritual. En efecto, «la muchedumbre de los que habían creído tenía un corazón y un alma sola; y nadie consideraba sus bienes como propios, sino que lo tenían todo en común (panta koina)» (4,32). Nótese que habla San Lucas de «sus bienes»: es decir, los cristianos mantienen la propiedad de lo que es suyo, pero en vez de tener las cosas como posesiones privadas, las ponen a disposición de todos. De este modo los bienes personales vienen a hacerse comunes no por la enajenación de los mismos, sino por la liberalidad caritativa con que los usan sus propietarios.

«La koinonía, siendo primero de todo espiritual, exige ser encarnada y concretamente expresada en el plano de los bienes temporales. No sería auténtica si no produjera, de alguna manera, una cierta comunidad de bienes. Y el punto de vista en el que se sitúan estos sumarios de los Hechos no es precisamente el de un desapego de esos bienes, en un ideal de pobreza. Si se comparte lo que se posee no es tanto para ser pobre, sino para que no haya pobres en la comunidad. No podría haber una comunidad digna de tal nombre si, entre sus miembros, unos vivieran en la abundancia, en tanto que otros estuvieran privados de lo necesario. La koinonía cobra, pues, la fisonomía concreta del compartir para asegurar a cada uno lo que necesita» (310).

A los datos aludidos, añade otros San Lucas, precisando la cuestión: esos creyentes, que poseían sus bienes privados como bienes comunes, «vendían sus propiedades y sus bienes, y las distribuían entre todos según las necesidades de cada uno» (2,45). De este modo, «no había entre ellos indigentes, porque cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían, llevaban el precio de lo vendido y lo depositaban a los pies de los apóstoles, y a cada uno se le repartía según su necesidad» (4,34-35).

Nótese, sin embargo, que aquí San Lucas, simplificando la realidad, presenta algunos hechos especialmente generosos, que manifiestan el espíritu común existente, como una regla general. De hecho, él mismo propone el notable ejemplo de Bernabé como una generosidad excepcional: «poseía un campo, lo vendió y llevó el precio, y lo puso a los pies de los apóstoles» (4,37). Hubo, sin duda, muchos otros casos de generosidad desinteresada en la comunidad primera apostólica, y Lucas da cuenta de estos hechos como ejemplos de un ideal. Así es, sencillamente, cómo los primeros cristianos practican el ideal evangélico de renunciar a todo, propuesto directamente por Cristo a todos sus discípulos (Lc 5,11.28; 14,33; 18,22; +J. Dupont, Renoncer).

Eso mismo se comprueba en el caso lamentable de Ananías y Safira (Hch 5,1-11), que retienen con engaño parte del precio obtenido por la venta de una propiedad. Cuando San Pedro lo reprocha a Ananías, le dice: «¿acaso sin venderla no la tenías para ti, y vendida no quedaba a tu disposición el precio?... No has mentido a los hombres, sino a Dios». No está la culpa en la retención parcial, sino en la mentira.

-Promesa bíblica cumplida, y expresada en griego. El lenguaje lucano de esa koinonía, que une los espíritus y hace comunes los bienes materiales, ya había sido utilizado por Pitágoras, Platón o Aristóteles, y resultaba familiar para los oídos griegos, entre los que era máxima corriente que «entre amigos, todo es común (koina ta philon)». Realmente, no hay amistad verdadera entre dos hombres, si los bienes de uno no están a disposición del otro, sobre todo en caso de necesidad.

De todos modos, San Lucas no presenta la comunidad de bienes como simple efecto de la amistad común, sino de la fe. Una y otra vez dice que todos aquellos «que han creído» son los que poseen sus bienes en común: es decir, el

fundamento de su actitud no es precisamente la amistad, sino la fe común que les anima.

En este sentido, el «no había indigentes entre ellos» no va referido al ideal griego de la amistad, sino que se presenta más bien como cumplimiento de esperanzas anunciadas en la Biblia: «no habrá ningún pobre a tu lado, porque el Señor te bendecirá abundantemente en la tierra que él te da como heredad» (Dt 15,4). En efecto, en estas recomendaciones la tradición judía tendía a descubrir también una promesa. Y en la plenitud de los tiempos mesiánicos, en Cristo, en su Iglesia, esa esperanza, esa promesa, se ha cumplido, como signo divino de su autenticidad.

-La koinonía se establece entre los que son «hermanos» en Cristo. La koinonía, como hemos visto, se produce entre «los que han creído» (Hch 2,42; 4,32), es decir, entre aquellos que son «hermanos» y forman en esta tierra la Familia de Dios. El Apóstol, por ejemplo, exhorta: «hagamos bien a todos, pero especialmente a los hermanos en la fe» (Gál 6,10). Aunque también dispone: el hermano «que no quiere trabajar, que no coma» (1Tes 3,10).

Entre los cristianos, pues, ya no vive cada uno para sí, buscando sus propios intereses, sino que, unidos todos por la caridad trinitaria, cada uno está atento a las necesidades de los demás (Rm 15,2; 1Cor 10,24.33; Flp 2,4).

-Por otra parte, la comunicación de bienes no se limita al interior de la comunidad, sino que se da también entre las diversas comunidades cristianas: todas ellas están unidas entre sí, e intercambian sus bienes como un líquido entre los vasos comunicantes. Quienes han bebido de un mismo Espíritu y se alimentan de un mismo Pan, forman un solo Cuerpo de Cristo, y así como comparten en común la gracia, las penas y las alegrías (1Cor 12,13.26), así participan también en koinonía de los bienes materiales.

Éste es el término que se usa para designar la comunión eclesial de bienes ejercitada por las iglesias de Macedonia y Acaya, que «tuvieron a bien establecer alguna koinonía en favor de los pobres de los santos en Jerusalén» (Rm 15,26; +26-28); esas iglesias pedían con insistencia «la koinonía de la diaconía en favor de los santos» (2Cor 8,4; +Manzanera 316).

-La colecta en favor de los cristianos de Jerusalén es una temprana y clara manifestación de que la koinonía cristiana se extiende también a las Iglesias hermanas: Roma, Acaya, Galacia, Corinto (1Cor 16,1-4; 2Cor 8-9; Rm 15,25-32). La ocasión de la colecta es la escasez que sufren los hermanos de Jerusalén, y su motivación profunda es el amor de Cristo: es preciso que se exprese socialmente en la Iglesia aquella entrega amorosa que Cristo hizo de sí mismo en la encarnación y en la pasión, pues Él, «siendo rico, se hizo pobre, para enriquecernos en su pobreza» (2Cor 8,9).

En el lenguaje del Apóstol (2Cor 8-9) queda, por tanto, claro que no se trata de una mera filantropía natural, sino de una caridad eclesial profundamente cultural y religiosa: «esta obra de caridad», dice, vendrá a ser una «eucaristía» que, por medio de «este ministerio sagrado», suscitará a su vez «copiosa acción de gracias» en los ayudados. Y así, la abundancia de unos será remedio para la escasez de otros, de tal modo que se logre una «igualdad (isotes)».

Hasta aquí, con mínimas adiciones mías, Jacques Dupont. Continúo yo.

-A tenor de lo comprobado, la comunidad apostólica de Jerusalén es una comunidad netamente utópica, pues al vivir en una admirable comunión de almas y de bienes materiales, por una parte, se diferencia netamente del orden vigente en el mundo tópico, y por otra, consigue, para la gloria de Dios y por su gracia, una forma de vida excelente. Por eso, refiere San Lucas, «nadie de los otros se atrevía a unirse a ellos; pero el pueblo los tenía en gran estima, y crecían más y más los creyentes, en gran muchedumbre de hombres y mujeres» (Hch 5,13-14). Es decir, en medio del orden tópico judío, aparece como una comunidad diferenciada, admirable y atrayente (4,33), y también creciente, ya que va incorporando nuevos miembros (6,7).

Más aún, la comunidad evangélica de Jerusalén es el culmen perfecto de la utopía. De hecho, todo el utopismo de Occidente, secular o religioso, ha visto siempre «la comunidad descrita en los Hechos, como el eslabón más firme de la cadena de comunidades soñadas o vividas» (Lion 169). Es la utopía suprema.

-No hay pretensión política alguna en aquella primera comunidad cristiana de Jerusalén: ella, como dice Troeltsche, crea «un nuevo orden, que se restringe a la misma comunidad, y que no es en absoluto un programa de renovación social para todo el pueblo» (II,64-65).

Muchos, sin embargo, han tratado de politizar la ejemplaridad de la primera Jerusalén cristiana. Eso, por ejemplo, hacen los socialistas utópicos decimonónicos, como Saint-Simon, Owen y Cabet, que sienten una admiración muy grande por Cristo y por la primera comunidad apostólica de Jerusalén, en la que ven la plena realización de sus ideales comunitarios (Lion). Algunos de los primeros eslóganes del socialismo utópico comunitario, como «a cada uno según su necesidad», están tomados del libro de los Hechos.

-La koinonía de la primera comunidad cristiana, y en concreto la comunidad de bienes, existió realmente, y ha sido siempre considerada como un ideal ejemplar. No fue una mera idealización del autor de los Hechos sin base real. No fue tampoco un caso aislado, puramente carismático, sin valor ejemplar. Y ambas cosas, que van unidas, las podemos verificar por cuatro vías:

Primera. La tradición antigua llama «vita apostolica» a esa comunión de la primera comunidad eclesial, que afecta a corazones y bienes materiales. Se afirma así la clara conciencia que la Tradición tiene de que la koinonía fue la forma de vida comunitaria predicada, procurada y organizada por los Apóstoles, discípulos inmediatos del Señor. Más aún, ese término expresa que «la verdadera raíz histórica de la comunidad de bienes ha de buscarse en la misma comunidad de los discípulos con Jesús, en el tiempo de su ministerio» (Rasco 301). Recordemos, en efecto, que Jesús y los doce tenían una bolsa común (Jn 12,6; 13,29), y que varias mujeres les asistían con sus bienes (Lc 8,1-3). También Cerfaux ve en Jesús y los doce el comienzo de la koinonía cristiana:

«Ese tipo de vida llevó en la Tradición, hasta el siglo XII, el bello nombre de «vida apostólica», *vita apostolica*, queriendo decir: la vida de los Apóstoles, la que ellos enseñaron a sus discípulos inmediatos; y se pensaba en la comunidad de bienes y de caridad que animó la Iglesia apostólica de Jerusalén. No se puede reprochar, pues, a los Apóstoles haberse alejado en esto del pensamiento de Jesús. Si enseñaron a los cristianos de Jerusalén a practicar la vida común, es porque sabían que respondía al ideal del Maestro. Más aún: es porque ellos mismos habían vivido esta vida con Jesús. La vida común y apostólica nació, pues, de las mismas entrañas del cristianismo; derivó de los principios de Jesús. Pentecostés, con el entusiasmo religioso que suscitó y que comunicó para poner en práctica sus consejos, y las circunstancias en que se encontraron los primeros cristianos de Jerusalén, hicieron el resto» (La puissance 42, 43-44, 46).

La koinonía de bienes, en favor de los hermanos pobres, cobra en la primera comunidad apostólica tal importancia que pronto viene a requerir un ministerio propio, el de la diaconía (Hch 6,1-6). En este sentido, la historicidad de la diaconía corrobora la historicidad de la koinonía (Manzanera 317).

Segunda. Los grandes maestros espirituales han considerado siempre la koinonía de Jerusalén como un ideal permanente, tanto en su unidad de almas, como en su comunidad de bienes. Ascetas y místicos, comunidades religiosas monásticas, Orígenes, Epifanio, Antonio, Basilio, Jerónimo, Agustín, Casiano, todos, hasta nuestros días, ven en la primera Jerusalén cristiana un foco ideal, que al paso de los siglos es continuamente iluminador y ejemplar (Colombás II,8). Los Padres antiguos concretamente, como veremos mejor en la IV parte, estiman que la comunicación de bienes, prefigurada en el Antiguo Testamento y plenamente realizada en el Nuevo, es parte de la doctrina moral católica (Gnuse; Sierra Bravo).

Tercera. La koinonía de Jerusalén, por la que se da una cierta comunicación de bienes materiales, no fue un caso aislado, una especie de milagro, como otros realizados por Dios a los comienzos de la Iglesia, que no constituiría un precedente significativo y orientador para nosotros. Por el contrario, ya practicada la koinonía por los esenios y por las fraternidades de los pobres de Yavé, y enseñada en el documento preevangélico, de origen judío, *Duæ viæ* (Manzanera 319-324), la comunicación de bienes se vive en Jerusalén y también en las Iglesias de los primeros siglos: «¡no os olvidéis de la beneficencia y la koinonía!» (Heb 13,16).

En efecto, no se exhorta a los fieles sino a vivir más plenamente aquello que en alguna medida están ya viviendo. Y la Dídaque, por ejemplo, en la segunda mitad del siglo I, exhorta en fórmula clásica: «no rechazarás al necesitado, sino que comunicarás en todo con tu hermano, y de nada dirás que es tuyo propio; pues, si os comunicáis en los bienes inmortales ¿cuánto más en los mortales?» (IV,8).

El mismo consejo reaparece en otros documentos de los primeros siglos cristianos (Ignacio, A Policarpo 4,3; Bernabé XIX,8; Hermas, Pastor compar.II; V,3,7; Clemente de Alej., Stromatas II,84,4; 85,3; 86,4; Quis dives salvetur 13,1-6; Constituciones apostólicas II,25).

Cuarta. La realidad de la koinonía en las Iglesias de la antigüedad se puede demostrar también porque es un dato aducido por los Apologistas antiguos, que no se atreverían a citarlo, si no tuviera confirmación en la realidad cristiana que los paganos conocían.

De la primera mitad del siglo II es la Apología de Arístides, filósofo ateniense, en la que afirma: los cristianos «se aman unos a otros; y el que tiene, da sin pena al que no tiene. Y si entre ellos hay alguno que esté pobre o necesitado, y ellos no tienen abundancia de medios, ayunan dos o tres días para satisfacer la falta de sustento preciso para los necesitados. Viven recta y modestamente, como se lo mandó el Señor Dios» (XIV,8; +Didascalia 5,1,4, en efecto, ordena ayunar para ayudar a los que están en necesidad).

Poco después hallamos el mismo dato y argumento en la I Apología de San Justino, filósofo palestino: «Los que antes amábamos por encima de todo el dinero y el acrecentamiento de nuestros bienes, ahora ponemos en común lo que tenemos, y de ello damos parte a todo el que está necesitado. Los que nos odiábamos y matábamos unos a otros, y no compartíamos el hogar con quienes no fueran de nuestra propia raza por la diferencia de costumbres, ahora, después de la aparición de Cristo, vivimos todos juntos, y los que tenemos socorremos a todos los necesitados, y nos asistimos siempre unos a otros» (XIV,2-3; +15,10; 67,1-6). Estos datos sociales, como digo, no podrían ser aducidos si, al menos en buena parte, no se estuvieran viviendo realmente.

San Agustín

En la magna obra *De Civitate Dei*, elaborada entre los años 413 y 426, San Agustín explica la historia universal como una lucha permanente entre la Ciudad de Dios, formada por todos los buenos, y la Ciudad del Diablo, integrada por los malos.

Según enseñan los apóstoles, los hijos de Dios, dentro del mundo secular, han de vivir «como peregrinos y forasteros» (1Pe 2,11); en cambio, respecto de la Ciudad celeste, «ya no sois extranjeros y huéspedes, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios» (Ef 2,19). Han de vivir, pues, en este siglo como súbditos de la Jerusalén celeste, libres de todo encadenamiento servil a este mundo, pues «la Jerusalén de arriba es libre, y ésta es nuestra madre» (Gál 4,26). Es decir, han de vivir en la forma utópica propia de los peregrinos, conociendo bien «cómo deben ser en esta peregrinación los ciudadanos de la ciudad de Dios, que viven según el espíritu, no según la carne; es decir, según Dios, no según el hombre» (Ciud. Dios XIV,9,6).

Es lo que ya hacia el 200 se decía genialmente de los cristianos en la Carta a Diogneto: «habitan sus propias patrias,

pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria tierra extranjera» (V,5).

El pueblo cristiano vive, pues, la utopía en la historia por el propio dinamismo escatológico de la gracia; o por decirlo más sencillamente, la vive en forma de una peregrinación, en la que continuamente se anticipa, introduciéndola ya en este mundo, la realidad futura celestial. Y de este modo, «una parte de la Ciudad Terrena ha venido a ser imagen de la Ciudad Celestial, y no se simboliza a sí misma, sino a la otra» (Ciud. Dios XV,2). Así en la tierra como en el cielo.

Maurilio Armani estima que «la Ciudad de Dios [agustiniana] constituye un término fundamental en la historia de la utopía, lo que no implica, por cierto, que haya de considerarse la obra como una utopía» (76). Así es, en efecto. Da San Agustín a su pensamiento un vuelo teológico tan alto y trascendente, que va más allá de nuestro tema.

Quiero recordar aquí, sin embargo, una curiosa experiencia de utopismo concretamente pretendida por Agustín en su juventud, a los treinta años, cuando todavía permanecía sumergido «en el mismo lodazal, ávido de gozar de los bienes presentes» (Confesiones VI, 11,18). Él mismo la narra:

«Muchos amigos, hablando y detestando las turbulentas molestias de la vida humana, habíamos pensado, y casi ya resuelto, apartarnos de las gentes y vivir en un ocio tranquilo. Este ocio lo habíamos trazado de tal suerte que todo lo que tuviésemos o pudiésemos tener lo pondríamos en común, y formaríamos con ello una hacienda familiar, de tal modo que en virtud de la amistad no hubiera cosa de éste ni de aquél, sino que de lo de todos se haría una sola cosa, y el conjunto sería de cada uno y todas las cosas serían de todos.

«Seríamos como unos diez hombres los que habíamos de formar tal sociedad, algunos de ellos muy ricos, como Romano, nuestro comunícipe, a quien algunos cuidados graves de sus negocios le habían traído al condado, muy amigo mío desde niño, y uno de los que más instaban en este asunto, teniendo su parecer mucha autoridad por ser su capital mucho mayor que el de los demás. Y habíamos convenido en que todos los años se nombrarían dos que, como magistrados, nos procurasen todo lo necesario, estando los demás tranquilos.

«Pero cuando se empezó a discutir si vendrían en ello o no las mujeres que algunos tenían ya y otros las queríamos tener, todo aquel proyecto tan bien formado se desvaneció entre las manos, se hizo pedazos y fue desechado. De aquí, vuelta otra vez a nuestros suspiros y gemidos, y a caminar por las anchas y trilladas sendas del siglo» (ib. VI,14,24).

Este intento, más que entre las experiencias utópicas cristianas, habrá de ser inscrito entre las utopías frustradas de inspiración platónica. En todo caso, lo cito porque nos recuerda que las comunidades utópicas, sean o no cristianas, son ciertamente realizables cuando integran sólo a hombres o sólo a mujeres, mientras que se hacen mucho más problemáticas cuando pretenden la convivencia de matrimonios y familias. Este caso nos ayuda también a entender que el utopismo comunitario convivencial es mucho más difícil que el utopismo meramente asociativo.

Utopismos comunitarios medievales

Lomax, Tiraboschi, Zanoni.

En la Edad Media se produjeron con cierta frecuencia movimientos laicos entusiastas, que pretendían realizar comunitariamente la perfecta vida de los primeros cristianos, tal como aparece en los Hechos de los Apóstoles. Terciarios, penitentes, ciertas uniones gremiales, cofradías, hermandades y otras asociaciones laicales buscaron de verdad la perfección evangélica en formas más o menos comunitarias.

Algunas veces, como veremos más adelante, estos movimientos se hicieron sectarios, y a veces violentos. Pero en

otras ocasiones dieron lugar a curiosas y valiosas experiencias, muchas de ellas no bien conocidas. Esta efervescencia apostólica, como se le calificaba entonces, impulsa a muchos laicos de toda condición, en los siglos XI y XII sobre todo, a agruparse en torno a sacerdotes o a monasterios, siguiendo el ejemplo de la comunidad de Jerusalén (Petit 93-94).

-Los Umiliati, que nacen hacia el 1175, constituyen una de las asociaciones medievales de laicos que mejor logró establecer un modo de vida comunitario y evangélico, a imagen de los cristianos primeros de Jerusalén. La norma de vida que siguen nos es bien conocida por su *Propositum*, aprobado en 1201 por Inocencio III, y a través de crónicas de la época (+Tiraboschi, Zanoni; Cto.-M 82-85). Asociados en tres Órdenes distintas, sólo la Tercera Orden, que fue la primera en existir, se compone de seglares:

Su intento comunitario consistía, describe Alcantara Mens, en «ejercitarse en la penitencia y la renuncia, la justicia y la caridad, siguiendo el espíritu de las primeras comunidades cristianas, inspiración frecuente en estos movimientos de reforma. Además de los grandes ayunos anuales, los humillados se obligaban a un ayuno complementario tres veces por semana. Es significativo, en cuanto a su fidelidad a la justicia, que sus estatutos recuerdan con insistencia la prohibición absoluta de la usura y la obligación de restituir todo bien ilícitamente adquirido. Su caridad, por otra parte, debe extenderse no sólo a los miembros de su instituto, sino también a los extraños, sobre todo a los pobres. Estaban obligados a socorrerles y a colaborar en las obras de misericordia. Los humillados casados debían cumplir fielmente sus deberes conyugales, y todos habían de distinguirse por la pureza de sus costumbres. Se comprometían a rezar los unos por los otros, y a conmemorar en ciertas fechas fijas a sus miembros difuntos. En cuanto al culto litúrgico, éste se concentraba en la celebración de la Eucaristía y en la salmodia diaria del Oficio coral. En lugar de éste, los que no sabían latín, habían de recitar un número determinado de *Pater noster*, señalado en el *Propositum* y en la *Regula*. Los humillados tuvieron santos y beatos» (1135).

-Las Órdenes de Caballería proporcionan también a veces notables ejemplos de vida comunitaria laical distinta a la del mundo. Hacia el 1200, por ejemplo, la Orden de Santiago se consagra a la defensa armada de la Cristiandad, y sus caballeros profesan los tres votos de obediencia, pobreza y castidad, conyugal ésta en los casados (Lomax 90-100).

La novedad de las Órdenes de Caballería se expresa en un movimiento de gran envergadura, que tiene gran significación espiritual e histórica: los Hospitalarios de Jerusalén, fundados por unos caballeros de Amalfi (1099), los Templarios nacidos en Francia (1118), la Orden Teutónica de los alemanes (1190), así como las varias Órdenes españolas y portuguesas: Calatrava (1158), Évora (1162), Santiago (1170), Alcántara (1176), etc.

Sectas cristianas medievales

Alphandéry, Cencillo, Cohn, Jesi, Ruyer 153-156, Sommariva, Thouzellier. Movimientos católicos que crecen junto a los sectarios: Chenu, Duhr, Le Bras, Meersseman, Vaudois..., Vicaire.

Antes he aludido a la efervescencia de movimientos laicales entusiastas que surgen en la Edad Media, especialmente en torno al siglo XII. No pocos de estos movimientos son de inspiración milenarista, y quieren instaurar ya el Reino de Dios en este mundo, realizando así ya el milenio anunciado en el Apocalipsis (20,1-7). Ha de acabarse con el imperio de los pecadores y, al menos en reducidas comunidades, es ya hora de establecer el Reino evangélico de la justicia y la paz, de la santidad y la gracia, en comunidad de bienes y pureza de costumbres, como los primeros cristianos.

Desde ese fondo medieval hasta nuestros días, con milenarismo o sin él, se multiplica una serie interminable de sectas cristianas, que intentan todas una vida comunitaria perfecta: cátaros, valdenses, joaquinistas, hermanos moravos, amaurianos, patarinos, hermanos del libre Espíritu, pobres de Lyon, taboritas, anabaptistas, etc... Unos tratan de sacar adelante sus ideales por las buenas, en forma pacífica y aislada; pero otros intentan dar forma política

a sus utopías, y emplean para ello, como es inevitable, la violencia. Veamos de esto último sólo un par de ejemplos.

Los taboritas bohemios, a comienzos del siglo XV, instauran el Reino de Dios en Tabor y Písek: «en Tabor no existen mío ni tuyo, toda posesión es común, y nadie debe poseer nada en propiedad; todo el que posea algo propio comete pecado mortal» (Cohn 236).

Los anabaptistas seguidores de Thomas Münzer tienen también las ideas muy claras: «Cristo dará a los anabaptistas la espada y la ocasión para castigar todos los pecados, y suprimir todos los gobiernos, para colectivizar toda la propiedad» (Id. 276). Efectivamente, en 1534, bajo un terror indescriptible, se instaura por fin en Münster la Nueva Jerusalén, a imagen de la primitiva comunidad apostólica. Con la comunidad de bienes, se instaura también la poligamia -Bockelson, uno de los líderes, tuvo quince esposas-. «Dios, a quien sean dadas gracias y alabanzas eternas, ha restaurado la Comunidad entre nosotros, tal como existió en un principio y como conviene a los Santos de Dios. Un corazón y una mente. Ningún cristiano o santo, ciertamente, puede satisfacer a Dios si no vive en comunidad así o, como mínimo, desea de todo corazón vivir en ella» (Id. 292, 294).

La República de los Guaraníes

Armani, Cardiel, Fernández Herrero 249-423, Fernández Ramos, Furlong, Haubert, Hernández, Iraburu Hechos 468-493, Lugon, Mucchieli 120-126, Duviols-Bareiro.

Para evangelizar y civilizar a los indios de América, cuando éstos vivían dispersos y a veces nómadas, lo primero era reducirlos a vida más comunitaria y estable (Iraburu, Hechos 469-470). En la zona norte de La Plata, el iniciador del método reduccional es el franciscano Luis de Bolaños, que en 1580 funda la misión de Los Altos, al norte de Asunción. Pero fueron los jesuitas los que, de 1610 a 1768, llevaron a su forma más perfecta las reducciones entre los indios guaycurús, guayrás y sobre todo guaraníes, fundando unas cuarenta en el territorio que hoy más o menos ocupa Paraguay.

Y adviértase que, al iniciarse la evangelización de América, los indios más cultos y organizados, con algún grado de vida agrícola y sedentaria, eran los integrados en el imperio incaico del Perú y en el azteca de México. En general, fuera de estas dos grandes áreas, los indios vivían en pequeños grupos dispersos y en formas muy primitivas. Reducirlos a vida estable, común y organizada era un paso previo importantísimo.

Las instrucciones del provincial padre Diego de Torres son muy claras: Los misioneros, antes de establecer una reducción, deben elegir bien el cacique, el pueblo y las tierras más convenientes, asegurando unos medios agropecuarios suficientes para una población de unos mil indios. «Con todo valor, prudencia y cuidado posible, se procure que los españoles no entren en el pueblo, y si entraren, que no hagan agravio a los indios... y en todo los defiendan, como verdaderos padres y protectores». San Roque González, criollo de Asunción, uno de los jesuitas allí destinados, escribía: «Creo que en ninguna parte de la Compañía hubo mayor entusiasmo, mejor voluntad y más empeño» (Duviols-Bareiro 70).

Las reducciones se multiplicaron rápidamente en la zona bajo el impulso del padre Antonio Ruiz de Montoya, superior general de ellas del 1620 al 1637. Él mismo compuso un léxico Tesoro de la lengua guaraní, perfeccionando el vocabulario de Bolaños. Los misioneros hablaron siempre la lengua indígena. A Ruiz de Montoya se debe también el haber conseguido de la Corona en 1640 autorización para organizar un ejército con los indios -4.000 hombres bien armados y adiestrados-, con el que se pudo poner fin a las terribles razzias llevadas a cabo por los cazadores de esclavos, que entraban desde Brasil. Hacia 1700, de los 250 jesuitas del Paraguay, 73 trabajaban en 30 reducciones, que reunían 90.000 indios, es decir, unas 23.000 familias.

-Urbanismo. Las utopías renacentistas dan siempre mucha importancia al urbanismo. Pues bien, todas las

reducciones tienen una planta urbanística semejante. Una iglesia grandiosa, con media docena de campanas en su torre, preside la plaza mayor y todo el pueblo, partiendo de ella radialmente, se desarrolla en calles trazadas a cordel. En la plaza están también los edificios comunes principales -ayuntamiento, talleres, almacenes, hospital, casa de viudas-, y también la casa de los padres, que detrás tienen un jardín botánico. Manzanas de seis o siete casas de indios quedan unidas por pórticos, que protegen del sol y de la lluvia.

Los visitantes que llegaban a las reducciones, después de días de camino por lugares agrestes y selváticos, quedaban asombrados al ver aquellas poblaciones, y sobre todo al contemplar iglesias, como las de las reducciones del Corpus o de Santa Rosa, que parecían catedrales.

-Gobierno interior. En cada reducción no hay más de uno o dos jesuitas, que se encargan de lo espiritual, pero que también asisten al gobierno interior de la reducción, ejerciendo en algún caso el poder de veto. Las autoridades civiles eran electivas: el corregidor y el cabildo o consejo, alcaldes, fiscales y jefes de trabajos, fiestas y otras áreas. Piensa Clovis Lugon que «es por las elecciones y por el ejercicio de las funciones públicas por lo que los guaraníes adquieren un sentimiento tan vivo de su autonomía nacional y de su responsabilidad frente al bien común» (62).

En todo caso, como decía el padre Cardiel, muchos años misionero en las reducciones, «todo este concierto es instituido por los Padres: que el indio de su cosecha no pone orden, economía ni concierto alguno. El Padre es el alma de todo: y hace del pueblo lo que el alma en el cuerpo. Si descuida algo en velar, todo va de capa caída. Dios nuestro Señor, por su altísima providencia, dio a estos pobrecitos indios un respeto y obediencia muy especial para con los Padres; de otra manera era imposible gobernarlos» (70-71).

Algunos intelectuales «progresistas» de la época hacían las objeciones que algunos hermanos suyos presentan hoy al respecto, y que pueden reducirse a una palabra: paternalismo. Cardiel les respondía ya entonces:

«Qué más quisiéramos nosotros, que poder conseguir esto [un mayor autogobierno en lo material], para estar libres de tanto cuidado temporal. Muchas pruebas se han hecho para conseguir algo de esto en diversos tiempos; mas nada se ha podido alcanzar. Si estos indios fueran como los españoles, o como los indios del Perú y Méjico, que antes de la conquista vivían con gobierno de Reyes y leyes, con economía y concierto, con abundancia de víveres, adquiridos labrando sus tierras, en pueblos y ciudades: si fueran de esta raza, casta y calidad, se podía decir eso. Pero son muy diversos. Eran en su gentilismo fieras del campo» (92).

-Economía. Las reducciones desarrollaron notablemente la agricultura y la ganadería, llegando a tener inmensas haciendas de ganado, algunas de más de 200.000 cabezas. «Ninguna región de América, dice Lugon, conoció en la época una prosperidad tan general ni un desarrollo económico tan sano y equilibrado» (92).

Por lo demás, el régimen económico era mixto, privado y comunal. Y también en esto el padre Cardiel sale al paso de quienes ven en las reducciones demasiado comunismo: «hemos hecho en todos tiempos muchas pruebas para ver si les podemos hacer tener y guardar algo de ganado mayor y menor y alguna cabalgadura, y no lo hemos podido conseguir» (71).

-Industrias. Los funcionarios, comerciantes y visitantes que llegaban a las reducciones quedaban asombrados al ver en ellas molinos de viento y de agua, fábricas de azúcar y aceite, ladrillos y tejidos, naves para secado de pescado o de yerba mate, herrerías y fundiciones. Órganos, relojes y toda suerte de instrumentos musicales se fabricaron en las reducciones. Los indios, bien adiestrados por los padres y sobre todo por los hermanos jesuitas, mostraron gran interés y habilidad para todo género de oficios y artesanías. Se llegó así a formar la única nación industrializada de América del Sur (Lugon 98).

Roa Bastos recuerda que «ochenta años antes que en Buenos Aires, se establecieron en las Misiones las primeras

imprentas» (Duviols-Bareiro 34), en las que se produjeron muchos textos y catecismos en guaraní. También se imprimieron allí los mapas geográficos de América más exactos de la época.

-Música. Los indios de América, con sus pobres instrumentos musicales, no habían descubierto apenas todavía las maravillas del mundo de la música. La polifonía coral, en la que muy pronto fueron diestros, el sonido del violín o de la flauta, las selvas sonoras del órgano, constituían para ellos una revelación fascinante. Y en ese mundo se adentraron con apasionamiento, dirigidos sobre todo por jesuitas italianos y centroeuropeos.

En 1729, el padre Mathías Strobel escribe a un jesuita vienés: «se creería que estos músicos han venido a la India de alguna de las mejores ciudades de Europa» (Duviols-Bareiro 146). Y el padre Cardiel, exiliado en Italia, al evocar el canto de las misas diarias y de las fiestas, escribe con lágrimas de emoción: «Al empezar la misa tocan instrumentos de boca y a veces de cuerda... En el laudate comienzan los tenores y los demás músicos grandes con los clarinetes y chirimías, instando a los niños tipler: laudate pueri, pueri laudate, laudate nomen Domini... No se maravillen si va mojado de lágrimas este papel. Cantan con tal armonía, majestad y devoción, que enternecerá el corazón más duro» (117-118).

Un verdadero Ministerio de ocios y juegos fomenta a los artistas y músicos, organiza danzas, paradas militares, procesiones, sesiones de teatro, cantos para ir al trabajo. Se ponía todo el empeño en alcanzar una vida comunitaria buena, bella y armoniosa. Y se lograba.

-Justicia. Pero no faltaban los malos, los delincuentes. Hay, pues, refiere Cardiel, un Libro de Órdenes, que dispone para los delitos sus correspondientes castigos, «todos muy proporcionados a su genio pueril, y a lo que puede el estado sacerdotal. No hay más castigo que la cárcel [domiciliaria normalmente], cepo y azotes. Todos los encarcelados de ambos sexos vienen cada día a Misa y a Rosario con sus grillos, acompañados de su Alguacil y superiora». La pena de muerte está excluída, norma única en su tiempo.

El Cura tiene que hacer de juez, y averiguado todo, quizá concluya: «Y ahora, hijo, que te den tantos azotes. Siempre se les trata de hijos. El delincuente se va con mucha humildad que le den los azotes, sin mostrar jamás resistencia: y luego viene a besar la mano del Padre, diciendo [en su lengua]: Dios te lo pague, Padre, porque me has dado entendimiento. Nunca conciben el castigo del Padre como cosa nacida de la cólera u otra pasión, sino como medicina para su bien» (146-147).

-Pedagogía humana y cristiana. Como es lógico, lo más notable del utopismo comunitario de las reducciones era la educación de los niños. «En la crianza de los muchachos de uno y otro sexo se pone mucho cuidado. Hay escuelas de leer y escribir, de música y de danzas», a las que asisten los hijos de los principales del pueblo, «y también vienen otros si lo piden sus padres. Tienen sus maestros indios» (Cardiel 115). Especial cuidado se pone, ciertamente, en la educación religiosa, en buena parte inspirada por el III Concilio de Lima (1582-1583), que dispone la enseñanza en la lengua indígena.

Un capuchino francés, el padre Florentin de Bourges, que visitó en 1716 las reducciones, escribía: «La manera en que educan a esta nueva cristiandad me impresionó tan profundamente que la tengo siempre presente en el espíritu. Éste es el orden que se observa en la reducción donde me hallaba, la cual cuenta con alrededor de treinta mil almas. Al alba se hace sonar la campana para llamar a la gente a la iglesia, donde un misionero reza la oración de la mañana, luego de lo cual se dice la misa; posteriormente las gentes se retiran y cada cual se dirige a sus ocupaciones. Los niños, desde los siete u ocho hasta los doce años, tienen la obligación de ir a la escuela, donde los maestros les enseñan a leer y escribir, les transmiten el catecismo y las oraciones de la Iglesia, y los instruyen sobre los deberes del cristianismo. Las niñas están sometidas a similares obligaciones y hasta la edad de doce años van a otras escuelas, donde maestras de virtud comprobada les hacen aprender las oraciones y el catecismo, les enseñan a leer, a tejer, a coser y todas las otras tareas propias de su sexo. A las ocho, todos acuden a la iglesia donde, tras

haber rezado la plegaria de la mañana, recitan de memoria y en voz alta el catecismo; los varones se ubican en el santuario, ordenados en varias filas y son quienes comienzan; las niñas, en la nave, repiten lo que los varones han dicho. A continuación oyen misa y después de ella finalizan el recitado del catecismo y regresan de dos a dos a las escuelas. Me conmovió el corazón presenciar la modestia y la piedad de esos niños. Al ponerse el sol se tañe la campana para la oración del atardecer y luego de ella se recita el rosario a dos coros; casi nadie se exime de este ejercicio, y quienes poseen motivos que les impiden acudir a la iglesia se aseguran de recitarlo en sus casas... La unión y la caridad que reinan entre los fieles es perfecta; puesto que los bienes son comunes, la ambición y la avaricia son vicios desconocidos y no se observan entre ellos, ni divisiones ni pleitos... Que yo sepa, no hay misión más santa en el mundo cristiano» (Duviols-Bareiro 130-136).

Un siglo de vida tenían las reducciones al ser objeto de juicios tan elogiosos. Los indios mayores tenían su mayor satisfacción en ver los progresos materiales y espirituales de sus hijos.

-Un pueblo cristiano. Toques periódicos de campanas, cantos y danzas en fiestas, procesiones y marchas al trabajo, nacimientos, bodas y defunciones, celebraciones religiosas, oraciones en familia o en la iglesia, todo tiene en las reducciones una fuerte y continua expresión cristiana. Los indios en ellas se confesaban frecuentemente, «con abundantes lágrimas... Es admirable el fervor con que abrazan la Cruz y participan en las penas de la Santa Pasión, con castigos diversos y duros en Su honor» (P. Mistrilli: Duviols-Bareiro 102). «Apenas se puede describir la honestidad y piedad edificante sobremanera con que se presentan los indios cristianos» (P. Strobel, ib. 146). «Nuestros indios imitan en la vida común a los cristianos primitivos del tiempo de los apóstoles» (P. Betschon, ib. 129; +Una imagen de la primitiva Iglesia: así titula Maxime Hubert un capítulo de su libro).

-El Cura. El mayor milagro de las reducciones fue, sin duda, la vida y el ministerio de los misioneros. La Compañía de Jesús seleccionaba con sumo cuidado la calidad personal y espiritual de los jesuitas que habían de estar, durante muchos años, solos con los indios en lugares tan aislados. En la crónica de Cardiel se dedica un capítulo a describir el régimen de vida espiritual impresionante, que guardaba en la abnegación, la caridad y la santidad a aquellos mártires, testigos de Cristo en la selva. Y «aunque haya muchos huéspedes, dice, nunca se deja esta distribución» horaria.

Entre 1608 y 1768 estuvieron en las reducciones unos 1.500 jesuitas, sacerdotes o hermanos, de los que hubo 550 españoles, 309 argentinos, 159 italianos, 112 alemanes y austríacos, 83 paraguayos, 52 portugueses, 41 franceses, 22 bolivianos, 20 peruanos, 93 chilenos y de otras nacionalidades. Y lo más importante y meritorio: treinta y dos murieron mártires...

-Los mártires. Viendo en las reducciones, sobre todo en sus períodos fundacionales, la hostilidad de los brujos y sacerdotes indígenas, así como la resistencia de los demonios de la pereza, la soberbia, la lujuria, lo raro es que sólo se produzcan treinta y dos martirios. Juan Pablo II canoniza al padre Roque González de Santa Cruz (1576-1628), antes párroco en la catedral de Asunción, y a los padres, nacidos en España, Alonso Rodríguez (1598-1628) y Juan Castillo (1596-1628).

En la homilía de la canonización recuerda el Papa cómo estos hombres, «fundamentaron día a día su trabajo en la oración, sin dejarla por ningún motivo. "Por más ocupaciones que hayamos tenido -escribía el padre Roque en 1613-, jamás hemos faltado a nuestros ejercicios espirituales y modo de proceder"» (16-V-1988).

-El final de las reducciones. El mundo hispano-criollo, comerciantes y encomenderos, funcionarios civiles y eclesiásticos, desde el principio, miró con hostilidad las reducciones, en las que no se podía entrar siquiera sin autorización especial. Corrieron sobre ellas falsedades y calumnias, pero de uno u otro modo las reducciones salieron adelante y pudieron durar un siglo y medio.

El golpe definitivo vino en 1767, cuando Carlos III, instigado por el conde de Aranda y otros epígonos de la Ilustración, decretó la expulsión de los jesuitas de España y de todos sus dominios. Esta brutal medida privó bruscamente a la América hispana de 2.700 misioneros religiosos, de los cuales 420 murieron a causa de la prisión o del apresurado viaje de repatriación. Así se desbarataron un gran número de colegios, seminarios y escuelas, centros misioneros y reducciones. 68 jesuitas tuvieron que abandonar las 32 reducciones que por entonces atendían. Inútiles fueron las súplicas de los indios, como aquella Carta del Cabildo de la Misión San Luis Gonzaga dirigida al gobernador de Buenos Aires en 1768:

«Llenos de confianza en ti, te decimos: Ah, señor Gobernador, con las lágrimas en los ojos te pedimos humildemente dejes a los santos padres de la Compañía, hijos de San Ignacio, que continúen viviendo siempre entre nosotros, y que representes tú esto mismo a nuestro buen Rey en el nombre y por el amor de Dios. Esto pedimos con lágrimas todo el pueblo, indios, niños y muchachas, y con más especialidad los pobres» (Duviols-Bareiro 186).

Cartas como ésta consiguieron ser sólo un digno epitafio de las reducciones. Confiadas éstas a la dirección de funcionarios civiles, y en seguida invadidas por hacendados y comerciantes, pronto los indios las fueron abandonando. Y lo poco que de ellas quedaba, a fines del XIX fue arrasado en las guerras de la independencia. Hoy las ruinas ciclópeas de sus iglesias y edificios, algunas galerías derrumbadas, invadidas por la selva, son el testimonio patético de un milagro histórico de la gracia y de la posterior victoria de la Ilustración sobre el Evangelio.

-Algunas verdades sobre las reducciones. El mismo espíritu liberal ilustrado, que hace dos siglos y medio arrasó las reducciones, ha seguido destruyéndolas hasta hoy en los textos de historia mediante el olvido o la falsificación. Convendrá, pues, que afirmemos sobre ellas al menos tres verdades:

1. Las reducciones guaraníes produjeron una verdadera nación, un cuasiestado, que algunos llamaron República Guaraní, donde se desarrolló un pueblo de unos 200.000 indios. Para entender lo que esa cifra significa, convendrá recordar que hacia 1800 las provincias de Buenos Aires y de Paraguay, juntas, incluyendo indios, negros y mestizos, apenas llegaban a los 270.000 habitantes.
2. Las reducciones no fueron sino el perfecto cumplimiento de las Leyes de Indias dadas por la Corona española. Esta precisión, que ya el padre Hernández, S. J., hacía notar en 1913, es importante: el régimen admirable de las reducciones, decía, no es otra cosa que «la ejecución de las Leyes dadas acerca de los Indios para toda la monarquía española, sin que en él hayan introducido los jesuitas otra particularidad sino la que exigían estrictamente las circunstancias y juntamente la exactitud y la firmeza en la ejecución» (1,444). He aquí, pues, un caso, quizá único, en que el cumplimiento fiel y prudente de leyes políticas dé lugar a la formación de comunidades utópicas.

Es ésta también la opinión de Beatriz Fernández Herrero: «Efectivamente, las reducciones obedecen en todo a las Leyes de Indias..., llevando a cabo el ideal de los reyes de conquistar sin soldados, lo más pacíficamente posible... Por eso, su sentido político es el de realizar el sentido utópico planteado por las directrices que establecen las Leyes de Indias para colonizar el Nuevo Mundo» (429).

3. Las reducciones guaraníes son realmente comunidades utópicas. La integración en ellas es libre, no necesaria o coaccionada; hubo individuos o tribus que no aceptaron ingresar en ellas, o que habiendo experimentado aquella vida, la abandonaron y volvieron a su vida anterior. Son comunidades que tienen fuerza para ser distintas del mundo tópicamente circundante; eso sí, a costa de un radical aislamiento, obrado no sólo por la situación geográfica y la prohibición de visitas extrañas, sino quizá aun más todavía por la exclusividad de la lengua guaraní -éste es uno de sus aspectos más discutidos- (Fdz. Herrero 333-336). Y tienen fuerza también para crear un orden mejor que el del mundo de su tiempo, más unido y justo, más próspero y armonioso; de esto no hay duda. Un orden, además, que fue durable, pues tuvo un siglo y medio de vida, y no terminó por su fracaso interno, sino por violencia externa.

Guillaume Thomas Raynal, exjesuita que abandonó el sacerdocio para poner su pluma al servicio de los enemigos de la Iglesia, confesaba que «cuando en 1768 salieron las Misiones de las manos de los jesuitas, habían llegado al grado máximo de civilización al que quizá puedan ser conducidas las naciones nuevas: y ciertamente superior a todo cuanto existía en el resto del nuevo hemisferio. Allí se observaban las leyes. Reinaba una exacta policía [orden civil]. Las costumbres eran puras. Una dichosa fraternidad unía los corazones. Todas las artes necesarias para la vida se habían allí perfeccionado; y eran conocidas algunas de adorno. La abundancia era universal, y nada faltaba en los depósitos públicos. El número de ganado vacuno subía a 769.353, y el de las mulas y caballos a 94.983; el de las ovejas, a 221.537; sin contar algunos otros animales domésticos» (Fdz. Herrero 399).

-Valoración de las reducciones. La República Guaraní fue ya desde su época convertida en un mito. Y aunque siempre las reducciones han tenido y tienen detractores, que las acusan de paternalismo, excesivo aislamiento, uniformidad forzada, excesivo comunismo, etc., sin embargo, dentro y fuera de la Iglesia, predomina con mucho el juicio positivo sobre ellas.

Muratori (+1750), autor de *Il Cristianismo felice nelle Paraguay*, Montesquieu (+1755), el enciclopedista D'Alembert (+1783), Bouganville (+1811), Chateaubriand (+1848) y muchos otros autores se han visto fascinados por la perfección de la vida comunitaria en las reducciones (Fdz. Herrero 395-423). Particular admiración han sentido hacia ella, lógicamente, algunos escritores socialistas, como el escocés Cunningham Graham, que en 1901 publica *A vanished Arcadia*, aportando mucha documentación recogida por él directamente en la América meridional.

«Que los jesuitas hicieron felices a los indios es cierto ... Lo que yo sé es que yo mismo, en aquellas misiones desiertas, veinticinco años hace, oí muchas veces a ancianos que hablaban con sentimiento de los tiempos de los jesuitas, que recordaban con amor todas sus costumbres perdidas con la Compañía, y aunque hablaban de segunda mano, no haciendo más que repetir las historias que habían oído en su juventud, conservaban la ilusión de que las Misiones en tiempo de los jesuitas, habían sido un paraíso» (id. 420-421).

-Perfección laical comunitaria. A nosotros, en este libro, lo que más nos importa sin duda es comprobar el nivel de santidad cristiana comunitaria alcanzada por aquellos pobres indios guaraníes, que hasta su ingreso en las reducciones misionales, vivían desnudos, perezosos, ignorantes, belicosos, antropófagos, en formas sumamente primitivas y lamentables. Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que a mediados del XVI fue Gobernador del Río de la Plata, en el capítulo 16 de sus *Comentarios*, refiere de ellos:

«Esta generación de los guaraníes es una gente que come carne humana de otras generaciones [pueblos] que tienen por enemigos, cuando tienen guerra unos con otros; y si los cautivan en las guerras, tráenlos a sus pueblos, y con ellos hacen grandes placeres y regocijos, bailando y cantando, lo cual dura hasta que el cautivo está gordo, porque luego que lo cautivan lo ponen a engordar y le dan todo cuanto quiere comer, y a sus mismas mujeres e hijas para que haya con ellas sus placeres, y de engordarlo no toma ninguno el cargo y cuidado, sino las propias mujeres de los indios, las más principales de ellas; las cuales lo acuestan consigo y lo componen de muchas maneras, como es su costumbre, y le ponen mucha plumería y cuentas blancas que hacen los indios de hueso y de piedra blanca, que son entre ellos muy estimadas.

«Y en estando gordo, son los placeres, bailes y cantos muy mayores, y juntos los indios, componen y aderezan tres muchachos de edad de seis años hasta siete, y danles en las manos unas hachetas de cobre, y un indio, el que es tenido por más valiente entre ellos, toma una espada de palo en las manos, que la llaman los indios macana; y sácanlo [al cautivo] en una plaza, y allí le hacen bailar una hora, y desque ha bailado, llega [el de la macana] y le da en los lomos con ambas manos un golpe, y otro en las espinillas para derribarle, y acontece, de seis golpes que le dan en la cabeza, no poderlo derribar... y al cabo lo derriban, y luego los niños llegan con sus hachetas, y primero el mayor de ellos o el hijo del principal y danle con ellas en la cabeza tantos golpes, hasta que le hacen saltar la sangre, y estándoles dando, los indios les dicen a veces que sean valientes y se ensañen, y tengan ánimo para matar a sus

enemigos y para andar en las guerras, y que se acuerden que aquél ha muerto de los suyos, que se venguen de él; y...».

No sigo. Se trata, después de todo, de costumbres comunes en las tribus de la región, que configuran el orden tópico allí vigente (+Iraburu, Hechos 445-454). Pues bien, unos años después de que los guaraníes se encuentran con Cristo y reciben de los jesuitas la Buena Noticia, cambia en las reducciones su género de vida individual y comunitaria de un modo realmente impresionante. Chateaubriand, en su *Génie du Christianisme* (1802), en un capítulo dedicado a las *Missions du Paraguay*, cita una carta del Obispo de Buenos Aires a Felipe V, en la que se dice simplemente: «Señor, en esas populosas comunidades compuestas de indios, naturalmente inclinados a toda suerte de vicios, reina tan grande inocencia que no creo que se cometa en ellas un solo pecado mortal».

Sectas cristianas modernas

Desroches *Dissidences* 408-413, Mucchieli 127-133, Séguy, B. Wilson.

Las formas medievales de violento adventismo del Reino, a las que antes he aludido brevemente, en las que se producía un rechazo total del mundo, una comunidad de bienes, impuesta en ocasiones por la fuerza, etc., terminaron pronto y para siempre, ahogadas de modos también muy violentos.

Pero en formas pacíficas vemos reaparecer de algún modo su inspiración en un gran número de sectas, más adictas algunas al Antiguo Testamento y otras, en cambio, más o menos «cristianas». De ellas son bastantes las que todavía existen: anabaptistas, moravos, menonitas, amishianos, hutteritas, cuáqueros, darbistas, rappiditas, doukhobors, testigos de Jehová, mormones, diggers, levellers, shakers, labadistas, kelpianos, efratitas, zaoritas, etc. La mayoría de las comunidades utópicas que surgen a partir del XIX en los Estados Unidos pertenecen a alguna de estas denominaciones religiosas.

Bryan Wilson caracteriza bien los rasgos de las sectas que él llama introversionistas (118-140). En ellas se produce un enfrentamiento entre ortodoxia y mundo. La salvación exige una radical separación del mundo, y una inmersión fiel y perseverante en la santa Comunidad de los hermanos, en la que se ingresa normalmente por un bautismo de adultos. En no pocas de estas sectas el aislamiento es no sólo psicológico y moral, sino también vecinal. Establecen colonias y se organizan como un pueblo.

El florecimiento histórico de algunas de estas comunidades ha estado normalmente vinculado a dos factores importantes: la tolerancia cívica del país que les acoge -en América muchas de ellas procedían de Europa- y la posibilidad fácil de adquirir tierras. Con estas condiciones, se han dado comunidades muy prósperas y duraderas. Hasta mediados del XIX era Rusia una de las tierras de promisión. Después, los movimientos migratorios de estas sectas se dirigieron más bien a Estados Unidos o, en menor medida, a Hispanoamérica.

Algunas sectas, aunque no viven del todo separadas del mundo, se distancian de él por los modos de vestir, el lenguaje, o al menos por determinadas costumbres y peculiaridades. Los cuáqueros ingleses, por ejemplo, discutieron largos años antes de renunciar o reducir en el siglo XIX sus peculiaridades. El alemán tirolés, originario de los hutteritas, siguió usándose entre ellos en Rusia o en Estados Unidos, y los doukhobors en el Canadá mantuvieron viva su lengua rusa. Es frecuente en estos grupos la endogamia estricta, de modo que, en algunos de ellos, casarse con alguien extraño implica la expulsión de la comunidad. Tienden también a soslayar como pueden ciertas leyes del Estado moderno y a organizar por su cuenta educación, trabajo, seguridad social o sanidad. Con frecuencia en estos grupos es muy escaso el celo apostólico: dan al mundo por perdido; no tratan de salvarlo, sino de salvarse de él; y si reciben conversos, lo hacen quizá con reservas. A estas actitudes llegaron a veces las sectas introversionistas después de haber sido adventistas. Al no producirse la llegada del Reino de Dios, tratan de vivirlo en la comunidad propia. O antes fueron sectas conversionistas y, al disminuir en ellas la fuerza evangelizadora, se cerraron en la

propia santificación comunitaria.

-Los hutteritas. Veamos, al menos, un poco más de cerca la vida de una de estas comunidades, la de los hutteritas. Es una rama disidente de los anabaptistas de Münster, que rechaza su libertinaje y anomía. Acogidos primero en Liechtenstein, pasan a Austerlitz, protegidos por los Von Kaunitz, y allí crean, en 1533, una comunidad dirigida por el pastor anabaptista Jacob Hutter, tirolés. En 1540 Riedemann compone la Rechenschaft, la carta magna hutterita, que aún sigue vigente -caso único de duración entre estos grupos-.

Característica de las sectas introversionistas suele ser la frecuencia de las migraciones, que se producen con relativa facilidad, al ser la comunidad mucho más adicta a su ideal comunitario que al país tópico en que tratan de vivirlo. Los hutteritas, en concreto, emigraron sucesivamente a Eslovaquia, Transilvania y Rusia. Al obligarles al servicio militar en Rusia, se trasladaron a los Estados Unidos. Allí, siendo austeros y laboriosos, alcanzaron una notable prosperidad y crecimiento. Pero cuando, en tiempos de la I Guerra Mundial, sufrieron persecuciones a causa de su comunismo de bienes y de su pacifismo antibélico, hubieron de partir en 1918 al Canadá.

Tratan de fundarlo todo en la Biblia. La humildad, la austeridad y sencillez de vida, el servicio continuo a Dios en todo, forman su ideario espiritual básico. Reciben, como sus antepasados anabaptistas, el bautismo ya de adultos, y por ese sacramento se integran definitivamente en la comunidad. Rechazan armas, cargos políticos, juramentos, así como no admiten tributos con fines bélicos, y se desinteresan bastante de la marcha del mundo. Siguen una mística de no-resistencia, de renuncia incluso a urgir sus derechos, manteniéndose sosegados y laboriosos en la confianza en Dios.

Forman matrimonios y hogares individuales, pero cuidan a veces a sus niños juntos en guarderías. Tienen muy altos índices de natalidad. Las comidas las hacen en común, separados por sexos y en silencio. Al ser austeros y laboriosos, consiguen capitalizar fondos que les permiten a un tiempo sostener sus muchos hijos y fundar nuevas colonias. Cuando la comunidad sobrepasa el centenar y medio de miembros, procuran dividirla y crear una nueva colonia. Del inicio de una comunidad hasta el momento de su división, para fundar otra nueva, suelen pasar unos veinte años.

Los hutteritas no tienen propiamente organización eclesiástica, pues el régimen cívico y religioso coinciden. Preside la comunidad un ministro, elegido por selección entre los sugeridos en una lista, y finalmente decidido por suertes. Le ayuda un administrador y un consejo de ancianos. Cada área de actividades es dirigida por un jefe nombrado por elección. Su lenguaje familiar es el tirolés, pero emplean el alemán en el culto, y el inglés cuando es necesario. No suelen interesarse por los estudios académicos más allá del nivel primario y tienen sistema educativo propio, que complementan a veces con las escuelas del Estado, si éste se las impone.

El hutterianismo es uno de los sistemas comunitarios que por su estructura constante y su duración -más de cuatro siglos y medio- ha sido objeto de más estudios en sociología religiosa. Esos estudios afirman que la salud psíquica de sus miembros es bastante mejor que la habitual en el mundo. Son pocos los que abandonan la comunidad, e incluso fuera de ella suelen guardar el estilo de vida hutteriano; y de los que se van son bastantes los que vuelven (B. Wilson 123-128; Séguy 156-166).

En 1950 eran unos 10.000 miembros, divididos en 96 comunidades, situadas en Estados Unidos, Canadá, Inglaterra y Paraguay (Desroches Dissidences 411). En 1965 eran 12.500 en Canadá, y más de 5.000 en Estados Unidos (Wilson 125). Semejantes a los hutteritas, los menonitas amishianos son en los Estados Unidos unos 70.000 (B. Wilson 128-132). Se trata de números considerables, si los comparamos, por ejemplo, con algunas congregaciones o institutos seculares de la Iglesia.

-La Brüderhufe. Los sistemas sectarios suelen con cierta frecuencia sufrir divisiones, disidencias a veces organizadas,

o simplemente estimulan el nacimiento de otros sistemas de inspiración semejante. La Brüderhofe, por ejemplo, fundada en 1922 por el alemán Eberhardt Arnold (1883-1935), viene a ser una derivación del sistema hutteriano. Sus adictos, bajo el régimen nazi, se ven también forzados a la emigración, primero a Liechtenstein, y en 1935 a Inglaterra, de donde pasan a Paraguay y a los Estados Unidos, en donde reciben ayuda de los hutteritas. Pero mientras éstos son gente sencilla, continuadora de una verdadera cultura popular y tradicional, los arnoldianos - Society of Brothers es su nombre inglés- son más intelectuales, y guardan con el mundo una relación más abierta. Hoy hay tres colonias de la Brüderhofe en Estados Unidos, dos en Inglaterra y una en Alemania (B. Wilson 185-186).

Max Delespesse y André Tange (75-87) describen una de sus colonias, la Woodcrest Community, establecida en Rifton, Nueva York, compuesta de 30 matrimonios, unas 200 personas. En ella vivió la viuda del Dr. Arnold. Un gran comedor reúne en veinticinco mesas de a ocho a la comunidad entera, que reza al comienzo y al final de las comidas, durante las cuales hay lectura. El desayuno, en cambio, y tres veces por semana la cena, es en familia. Cada familia tiene su departamento y hay también salas comunes.

Cada año la comunidad elige su jefe y los responsables de los diversos servicios, economía, talleres, fábrica de juguetes, publicaciones. En asamblea de gobierno sólo se reúnen los miembros definitivamente integrados. Otros están a prueba o son menores, y cuando sean mayores decidirán o no solicitar su ingreso. Se cuida mucho la educación de niños y adolescentes en la propia comunidad, aunque los estudios superiores han de hacerse fuera. La comunidad procura que la inclinación personal pueda ser seguida en la profesión laboral y se da igual aprecio a los trabajos manuales o intelectuales. La comunidad de bienes se vive sin mayores problemas. Éstos, cuando surgen, proceden más bien de los familiares ajenos a la comunidad, o de la necesaria dependencia del individuo al grupo.

En su inicio las Brüderhofe eran agrícolas, pero a mediados de siglo asumieron también pequeñas empresas industriales. No han pasado todavía del campo a la ciudad, y no tienen especiales dificultades en su relación con el mundo. Admiten visitantes, que por unos días se introducen en sus trabajos y formas de vida habituales. Aceptan también a no creyentes, pero siempre que manifiesten su voluntad de vivir según las enseñanzas de Jesús.

Nuevas comunidades católicas

Angot, Bruguera, Delespesse-Tange, Godin, La comunidad de las Bienaventuranzas, Lanza del Vasto, Lenoir, Lepage, Libouban, Liégé, Lockley, Michonneau, Maertens.

Después del VII Sínodo de los Obispos, que estudió «la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo» (1987), publicó Juan Pablo II su exhortación apostólica *Christifideles laici* (30-XII-1988), en la que consignaba:

«En estos últimos años, el fenómeno asociativo laical se ha caracterizado por una particular variedad y vivacidad. La asociación de los fieles siempre ha representado una línea en cierto modo constante en la historia de la Iglesia, como lo testifican, hasta nuestros días, las variadas confraternidades, las terceras órdenes y las diversas asociaciones. Sin embargo, en los tiempos modernos este fenómeno ha experimentado un singular impulso, y se han visto nacer y difundirse múltiples formas agregativas: asociaciones, grupos, comunidades, movimientos. Podemos hablar de una nueva época asociativa de los fieles laicos» (29).

Es un fenómeno muy cierto y notable. Las nuevas asociaciones laicales suelen ser a un tiempo florecimiento de una plenitud y remedio de una carencia. Tienen, pues, por así decirlo, motivaciones positivas y negativas, ambas providenciales. Por ejemplo, si la Adoración Nocturna procede del crecimiento de la devoción a Cristo en la Eucaristía, surge también como desagravio al menosprecio generalizado de esa presencia eucarística. Igualmente, las nuevas comunidades laicales han nacido modernamente de causas positivas: el sentido fraterno de comunión, la acrecentada conciencia de la vocación a la santidad, al apostolado, a los servicios asistenciales, etc. Y de situaciones negativas: a causa de la descristianización de la sociedad y de los mismos ambientes eclesiales muchas veces los fieles han

quedado como a la intemperie, gravemente necesitados de una comunidad, en la que buscan y encuentran una casa espiritual donde vivir. «No es bueno que el hombre esté solo -dice el Señor-: voy a hacerle una ayuda semejante a él» (Gén 2,18). Así es como, por obra del Espíritu Santo, han surgido en los últimos decenios tantas comunidades y asociaciones laicales.

Todas las comunidades laicales cristianas tienen, sin duda, una inspiración utópica. Quede esto claro desde el principio. Todas, en efecto, cada una a su modo, pretenden suscitar en sus miembros una vida distinta y mejor que la del mundo tópico; y según sus diversos carismas, lo procuran y lo consiguen mejor o peor.

El número y la variedad de todas estas obras y asociaciones, predominantemente laicales -algunas de ellas de formidable desarrollo, como Opus Dei, Focolares, Comunidades Neocatecumenales, etc.-, hacen imposible aquí todo intento de enumeración, clasificación o descripción. Y por lo que se refiere a las nuevas comunidades católicas, me remito a las informaciones dadas por los autores que he citado hace poco en bibliografía.

Una distinción, sin embargo, sí conviene establecer en la cuantiosa diversidad de estas obras: los laicos cristianos que se unen para procurarse un régimen de vida mejor que el del mundo secular o bien se asocian para seguir una forma común de vida, o bien se reúnen en una forma de vida en común. Para entendernos, llamaré a las primeras comunidades asociativas, y a las segundas, comunidades convivenciales.

Son muchas más las comunides asociativas que las convivenciales, como es lógico. Pero éstas, aunque siguen siendo las menos, van aumentando en número en los últimos decenios. Y una buena parte de ellas -lo que constituye un hecho bien singular-, aunque están integradas sobre todo por laicos, reúnen en la comunidad las diversas vocaciones cristianas, hecho que en la Iglesia de los últimos siglos es relativamente nuevo. Así el Arca, fundada por Lanza del Vasto (+Bruguera, Lanza del Vasto, Libouban). De éstas, pues, que son menos conocidas, describiré en seguida dos, las comunidades de los Foyers y las de las Bienaventuranzas.

Hay también comunidades, como Le Chemin-Neuf, en parte convivenciales, en parte meramente asociativas: una mitad, más o menos, de sus miembros viven en fraternité de quartier -de barrio-, y otra mitad en fraternité de vie, en la misma casa; y pueden pasar fácilmente de un modo al otro (Lenoir 174). También el Emmanuel, una de las comunidades francesas más extendidas y de más vitalidad, reúne a sus miembros en grupos residenciales o no residenciales (138). Señalo de paso que la mayor parte de las vocaciones sacerdotales y religiosas que surgen hoy en Francia proceden de éstos y otros movimientos afines, como los Foyers de Charité y las Comunidades de las Bienaventuranzas.

Los Foyers de Caridad

Los Foyers (hogares) tienen su origen en Marthe Robin (1902-1981), de la que escribe Jean Guittou: «lo que predominaba en Marta era su don sacrificial, a imitación de Cristo... Y en ella el don era en estado puro, sin descanso, sin discontinuidad» (+Antier 9). Nacida en una granja, en la que vive hasta su muerte, acude a la escuela próxima de Châteauneufde-Galaure, en la región francesa del Drome, hasta los catorce años, para permanecer después con los trabajos de la casa. En 1918 sufre una grave enfermedad, en 1926 comienza a guardar cama y unos años más tarde queda paralítica. En octubre de 1930 recibe los estigmas del Crucificado y una profundísima configuración a Él, como ella misma confiesa: «cada semana, a partir de la tarde del jueves, Él continúa por mi miseria y en mi miseria Su Pasión de Amor... para su gloria y para la redención de las almas de todo el mundo». En adelante, hasta el fin de su vida, ya no podrá comer, ni beber, ni dormir: «de lo cual -como diría el beato Raimundo de Capua- puede concluir el hombre de fe que su vida era toda ella un milagro» (Vida de Santa Catalina de Siena 170).

En febrero de 1936 visita a Marta el padre Georges Finet (1898-1990), sacerdote de la vecina diócesis de Lyon, y ella, sin haberle conocido de antes, le reconoce al momento. En varias horas de conversación, Marta le manifiesta

entonces que Dios quiere que se funden muchos centros, en los que una comunidad estable de fieles, con un Padre, un sacerdote, y una Madre, la Santísima Virgen María, formen verdaderos «Foyers de luz, de caridad, de amor». Y también «de parte de Dios», termina diciéndole al padre Finet: «es usted quien ha de venir a Châteauneuf para fundar el primer Foyer de charité». Es tal la unión que el Señor establece entre Marta y el padre Finet para llevar adelante «la gran Obra de su Amor», que en adelante él no podrá hacer nada sin ella, ni ella sin él.

En septiembre del mismo año el padre Finet da ya el primero de los retiros de cinco días, característicos de los Foyers, y dos de las participantes serán después los primeros miembros del Foyer primero.

A partir de 1940, después de haber ofrecido a Dios sus ojos, con el permiso del P. Finet, queda ciega. Recluida permanentemente en su cama, recibe hasta su muerte una larga serie de visitantes, a los que infunde siempre fe y esperanza, alegría y caridad.

El Consejo Pontificio para los Laicos ha aprobado los estatutos de los Foyers de Charité como Asociación privada de fieles de carácter internacional. Actualmente existen 74 Foyers repartidos por todo el mundo. Cada comunidad, que puede ser más o menos numerosa -4, 20, 50 miembros-, tiene un Padre, un responsable laico y un consejo, y se compone sobre todo de bautizados célibes, pero también de viudos, matrimonios con o sin hijos, y a veces de sacerdotes colaboradores. Unos y otros, habiendo abandonado sus profesiones anteriores, viven y trabajan juntos, oran unidos y, como una gran familia, participan mutuamente de sus bienes materiales y espirituales. Como dice uno de sus miembros, «nuestra vocación es la vida comunitaria, la vida de familia. Es la comunidad de los primeros cristianos, hombres y mujeres... Como dicen los Hechos, todo lo tenían en común. Y con ellos estaba María» (Lenoir 83).

La actividad principal de un Foyer son los retiros en silencio de cinco días y, en lo posible, la escuela de niños. Comunidad y niños rezan siempre por el fruto espiritual de los retiros. Y junto a esto, según las necesidades del lugar, puede haber otros servicios: atención parroquial, catequesis, casa de retiro para ancianos, publicaciones, etc.

El compromiso de los miembros, según el montfortiano Secreto de María, es una consagración a Jesús por María, diariamente renovada cada mañana. Todos, en efecto, se confían especialmente a la educación de la Virgen, para vivir el Evangelio como regla de vida: ella es siempre, a todos los efectos, la Madre de cada Foyer.

Por la oración y el trabajo, la vida espiritual de la comunidad halla en la Eucaristía su centro continuo. De este modo, toda la familia del Foyer vive intensamente el sacerdocio redentor de Jesucristo, uniendo siempre el sacerdocio ministerial del Padre y el sacerdocio común de la comunidad.

«Somos simples bautizados, trabajadores... Y todo lo que hacemos cobra un sentido inmenso gracias a la Eucaristía. Por ella, todo lo que es ordinario y cotidiano, siendo ofrecido, se hace sagrado... consagrado y comunión: gracias al sacerdocio del sacerdote que hace eficaz el nuestro... Y así lo ordinario se hace poderoso para la salvación de todos» (Lenoir 90).

Marta Robin fue una ayuda espiritual muy importante, a veces decisiva, para no pocas personas y obras católicas nacientes: Hna. Magdalena (Petites Soeurs de Jésus), Graziella De Luca (Focolares), Jean Vanier (el Arca), padre Talvas (le Nid), Marie-Hélène Mathieu (Foi et Lumière), Thérèse Cornille (foyers Claire Amitié), etc. (Lenoir 186-196). El hermano Ephraïm, por ejemplo, pastor protestante, el fundador de la Comunidad de las Bienaventuranzas, cuando estaba iniciando su comunidad con su familia y con otro matrimonio también protestante, fue a visitar a Marta:

«Lo que ella me dijo iba a cambiar el curso de mi vida. Saliendo de su habitación, tenía ganas de bailar y de correr bajo el sol. ¡Qué sensación de libertad! Gracias a esta entrevista, mi vida, hasta entonces en mis manos, se vio de pronto aspirada por Dios, atrapada hasta el vértigo... Oh Marta, con el hambre de Dios que tengo y que tú me has

comunicado, me has dado también el modo de responder a ella, la comunidad».

«El encuentro y la amistad de Marta han sido, ciertamente, determinantes para revelar a la comunidad [de las Bienaventuranzas] su propia vocación en el corazón de la Iglesia. Por ella hemos tocado nosotros las llagas redentoras del Salvador; por ella, cuyo único alimento durante cincuenta años fue la Eucaristía, hemos conocido nosotros [antes protestantes] que «Su cuerpo es verdadera comida»; por ella también, que se había ofrecido por los sacerdotes, vamos nosotros profundizando siempre en nuestra identidad sacerdotal. Hemos de hacer nuestro aquello que decía ella: toda la vida cristiana es una misa y toda alma en este mundo una hostia... [Marta es] uno de los seres más extraordinarios de la historia cristiana, el más asombroso que ha inventado el amor de Dios. Su misión excepcional hace de ella una de las santas más grandes de todos los tiempos» (Antier 193-194).

La Comunidad de las Bienaventuranzas

Antes llamada del León de Judá y del Cordero Inmolado, la Comunidad de las Bienaventuranzas reúne en comunidad convivencial a los diversos estados de vida cristiana: sacerdotes, diáconos, célibes consagrados con votos y familias. Todos renuncian a la propiedad privada y al ahorro, lo tienen todo en común, son especialmente orantes, y viven de sus trabajos y de los donativos que quiera suscitar la Providencia. Hay más de 1.200 miembros en setenta comunidades repartidas desde Moscú a Nueva Caledonia, en Oceanía, especialmente en Europa occidental y oriental, más Israel y Líbano, seis países africanos, Perú, México y Canadá. Canónicamente es una Asociación privada de fieles, que incluye una Fraternidad sacerdotal.

El fundador de esta obra, el hermano Ephraïm, fue breve tiempo pastor protestante. Después de haber conocido diversas comunas modernas, y también el Arca, de Lanza del Vasto, inicia con su esposa Jo y otro matrimonio una vida de comunidad, a la que pronto se agregan otros matrimonios y célibes. Dos años después, el descubrimiento de la Iglesia, de la Eucaristía y de la Virgen María les lleva a hacerse católicos. En 1975 la comunidad se instala, sin tener apenas planes preconcebidos, en el convento Notre-Dame de Cordes, en Francia.

Durante los ocho primeros años, la Comunidad es casi exclusivamente orante y contemplativa, toma a Santa Teresa de Jesús como «maestra de oración» y desarrolla una profunda vida litúrgica: Eucaristía, liturgia de las Horas, adoración del Santísimo, etc. «La semana está organizada como una ascensión hacia el domingo, el día de la Resurrección» (Lenoir 154). Posteriormente, al crecer en número y en madurez espiritual, la Comunidad, desde los años ochenta, se ha ido abriendo a una gran variedad de actividades apostólicas -retiros, peregrinaciones, campamentos de jóvenes, cassettes, videos, teatro, radio, publicaciones-, así como a varios servicios de acogida y asistencia -mujeres tentadas a abortar, terapias médico-espirituales, pobres, solitarios, enfermos terminales, etc.-.

En todo caso, declara el Hno. Ephraïm, «el polo contemplativo sigue siendo el fundamento, el corazón de nuestra vocación y de su encarnación, y lo vivimos intensamente con la Virgen María, pequeña, pobre y escondida, y sin embargo presente en todas las etapas de nuestra redención» (La Comunidad 3-4). «Es Marta Robin la que más nos ha sostenido, confirmado, amado y marcado» (Lenoir 169). Y «sin duda, la espiritualidad que desde el comienzo nos ha enganchado es la espiritualidad del Carmelo» (171). El lema de la Comunidad es el de santa Teresa del Niño Jesús: «ser el amor en el corazón de la Iglesia».

Una jornada normal viene a ser ésta: 7: laudes y adoración del Santísimo, que será continua todo el día. 7,45: desayuno y rosario. 9: trabajo. 12: misa y comida. 14,30: trabajo. 18: vísperas, formación o canto. 19: hora familiar y cena. 21,30: completas. Como dice el Hno. Ephraïm, la vida en la Comunidad «es semejante en su organización a la vida en un monasterio» (154).

«Las etapas de crecimiento de la Comunidad enseñan claramente que es preciso apartarse del mundo en cierta medida, para ir constituyendo una presencia eficaz en medio de este mundo al que no pertenecemos» (La Comunidad

3). El hermano Ephraïm explica las relaciones entre su Comunidad, sin duda utópica, y el mundo tópico en el que se encarna y realiza. Para lo que venimos estudiando en esta obra, nos interesa el tema de un modo especial.

«Yo no andaba buscando un modelo de vida comunitaria. Lo que yo buscaba era gente que viviera de una manera auténtica [...] En principio, no somos nosotros los que hayamos elegido. Al comenzar la Comunidad, éramos dos matrimonios, y después se agregaron a ella otras parejas y célibes, de modo que recibimos esta vocación cuando teníamos ya esposa e hijos. Podría parecer esto cosa de locos, pero para nosotros se mostraba como una simple evidencia [...] Comprobamos que la vida conyugal y la vida familiar se plenificaba en un ambiente de oración, de adoración, incluso de cierto silencio, y que los niños se beneficiaban de todo eso. Encontramos así un equilibrio humano que es superior al que se encuentra en el mundo. Muchos de los elementos de esta vida consagrada son sumamente equilibrantes; se vive actualmente en un mundo de barbarie, donde el laico cristiano se ve permanentemente agredido en los valores fundamentales de su fe.

«Hoy se habla mucho de la familia cristiana, y está muy bien, pues es preciso regenerar el tejido vivo de la Iglesia comenzando por las células básicas que son las familias. Sin embargo, es también muy necesario darse cuenta del combate espiritual que se está librando y que lo que está en juego es la familia. Parece como si la sociedad actual hiciera todo lo preciso para destruirla, y eso de una manera sutil, por medio de la gran liturgia de los medios de comunicación, que destila el veneno del adulterio, el infanticidio, el libertinaje entendido como norma de comportamiento social. Pues bien, las familias necesitan encontrar lugares de Iglesia en los que rehacerse y en donde encontrar una lógica vital distinta, otra normalidad, que es justamente la del Reino.

«Se nos critica diciendo que la comunidad es como un refugio para algunos. Y yo digo que sí: bien loco tendría que estar aquel que no buscara un refugio en las horas de peligro. Nuestra generación recuerda a aquella de Noé, y se ríe de quienes en la tierra firme se construyen un arca. Pero es evidente que un cierto número de matrimonios de la Comunidad no hubieran podido mantenerse firmes en el mundo. Para otros, en cambio, la Comunidad no es un refugio, sino más bien una prueba buscada, que les permite crecer y darse más.

«La vida comunitaria es un aprendizaje en las relaciones. El espíritu cartesiano no es el Espíritu Santo: pensamos mucho y ponemos en práctica muy poco. Por el contrario, la Comunidad es una estimulación incesante a poner en práctica el amor: entre esposos, entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas, entre cada uno y Dios, entre los grupos que formamos y Dios. Uno al principio es aprendiz, y cuando mira es preciso que mire bien, para darse cuenta, antes de seguir menospreciando, que todos esos que están ahí, que han dejado todos sus bienes para seguir a Jesús, no son santos, y que va a ser preciso amarles tal como son. En el mundo, fuera de las relaciones familiares, nadie está obligado a vivir con extraños [...] En comunidad, estamos obligados a ver a este hermano, y a verle de cerca, hasta que veamos a Dios en él.

«Es normal que [en la Comunidad] hallemos una gran variedad de los estados de vida que la Iglesia reconoce: familias con niños pequeños, matrimonios mayores, célibes de los dos sexos que eligen o no hacer los tres votos de pobreza, castidad y obediencia en manos del obispo, eligiendo esta relación inmediata con Dios y haciéndose testigos para todos de la radicalidad evangélica. Otros son llamados al diaconado o al sacerdocio. Hay viudas que se consagran, según la antigua tradición de la Iglesia, para permanecer en su estado y entregarse más a Dios y a los otros. En cuanto a los divorciados vueltos a casar, que desean reconciliarse con la Iglesia y para ello vivir en castidad, el apoyo de una vida comunitaria, donde se están viviendo relaciones afectivas en castidad, es precioso. Y además de estas situaciones diferentes, que van del aprendizaje primero al compromiso definitivo, la comunidad acoge también en su seno a personas con ciertas deficiencias o enfermedades, que en la sociedad no hallarían acogida sino en medios hospitalarios».

Pero los cristianos, en lugar de retirarse del mundo ¿no deben dar testimonio de Jesús dentro del mundo mismo? A esta pregunta responde el Hno. Ephraïm:

«Jesús no nos retira del mundo, pero quiere que seamos preservados del mundo [...] Hay en esto dos aspectos: por un lado, la vida oculta en Dios, en la oración, la koinonía, es decir, la comunión que fortifica a los cristianos en la vida sacramental, y por otro lado la vida al exterior. Pero lo uno no puede aguantarse firme sin lo otro». Esta relación con la vida exterior tuvo una modalidad en los ocho primeros años, en que la Comunidad era predominantemente contemplativa:

«¡Basta retirarse un poco para que el mundo entero se nos venga encima!... Muy pronto hemos visto afluir el mundo a nosotros -también por el correo abrumador que actualmente recibo-, con todos sus problemas. Nos vemos precisados a estar al corriente de cuanto pasa en el mundo, aunque no sea más que porque el mundo viene a nosotros. Es decir, incluso viviendo una vida contemplativa bastante estricta, nunca se está separado del mundo, pues de otro modo esa vida contemplativa sería falsa. Siempre los hombres han recorrido kilómetros para ir a ver a un staretz, un hombre en el desierto, en una gruta...

«Pero además, en un segundo momento, nos hemos sentido llamados a la tarea de evangelizar en todas sus formas»: cassettes, teléfonos de atención a mujeres tentadas al aborto, etc. «Y hemos conseguido victorias por el ayuno y la oración. Todos estos apostolados son obras de misericordia, obras que desbordan de Dios, que habita en nuestros corazones». Y también algunas Comunidades especiales acogen a personas psicológicamente heridas, o marginadas, o aisladas por el sida, etc., para ayudarles en una terapia médico-espiritual (Lenoir 157, 162-165).

Las objeciones que se hacen a veces contra las comunidades convivenciales, acusándoles de retirarse demasiado del mundo, lo que en el caso de los laicos no sería conforme con su vocación secular, pueden tener a veces fundamento, según los casos. De todos modos recuerdan bastante a las objeciones que en un primer momento, en el siglo IV, se hicieron contra los monjes que se iban al desierto. A esas acusaciones, como ya expuse en otras páginas (De Cristo o del mundo 50-52), un San Juan Crisóstomo, por ejemplo, respondía entonces que a quien había que pedir cuentas era a quienes habían convertido la ciudad en una selva llena de fieras sueltas o en una casa incendiada; no a quienes salvaban su vida en el desierto (52).

Por otra parte, conviene tener muy en cuenta que, aunque estas comunidades se retiran enérgicamente de las costumbres del mundo, sus miembros, por la oración y por las actividades apostólicas y asistenciales, están con frecuencia mucho más próximos a los hombres del mundo que otros laicos cristianos, más celosos de su propia secularidad y mucho más distantes de la gente. Esto es importante.

Otra objeción, a la que responde Jo Croissant: «Siempre nos preguntan: «¿Y los hijos?»... Y nos hacen sonreír, cuando sabemos lo que tienen que vivir los niños del mundo, mientras que vemos a los nuestros, en su mayoría, felices y equilibrados. ¿Qué mejor herencia podemos transmitirles que la de una fe profunda y vivida, y los tesoros de paz y amor acumulados en la oración y la vida fraterna, y familias unidas en el mismo deseo de servir a Dios y a nuestros hermanos los hombres?»

«El hecho de que todos los estados de vida estén representados en la Comunidad es una gran fuente de equilibrio humano y afectivo, que permite a cada uno dar lo mejor de sí mismo. Monjes y monjas evidencian la llamada a la radicalidad, y el ejemplo de las familias, del don de su vida por los hijos, es muy estimulante para aquéllos que tienen la tendencia de medir excesivamente sus esfuerzos» (La Comunidad 12).

Soledad y peregrinación

La gracia no prescinde de la naturaleza, sino que acomoda normalmente su acción a las condiciones de ésta. Pues bien, si más arriba recordaba, en clave natural, la virtualidad espiritual del aislamiento y de los viajes, ahora señalo, en el orden religioso, cómo todas las culturas han conocido el valor de la soledad y de las peregrinaciones para

ocasionar cambios profundos en los creyentes. No se confunden, por supuesto, soledad y peregrinación, ya que ésta muchas veces se hace en grupo; pero ambas coinciden en alejarse del mundo tópico, para mejor adentrarse en la utopía. Por eso trato de ellas juntamente.

Siddhartha Buda, en el siglo VI antes de Cristo, a los 29 años, abandona su familia, esposa e hijo, y emprende una larga marcha como monje mendicante, a la búsqueda de la verdad. Cambia su porte externo, se corta la cabellera, viste una túnica color azafrán y alcanza la iluminación que pretendía. Y es también en el apartamiento de la sociedad común, en el monte Hira, donde el profeta Mahoma recibe revelación y misión. La historia de las religiones nos muestra claramente que ascetas y místicos han conocido siempre que el aislamiento es, hasta cierto punto, condición imprescindible para la conversión profunda de la persona. Así lo ha entendido siempre el monasterio cristiano, el centro budista, el ashram de la India o la lamasería tibetana. Pero recordemos sobre todo lo que más nos interesa, la tradición de Israel y de la Iglesia.

En el comienzo de la historia de la salvación, Yavé ordena a Abraham romper con toda la malla de costumbres, condicionamientos e instituciones del mundo tópico que le envuelve: le manda -es decir, le concede, como gracia primera de muchas otras- «salir de su tierra y de su parentela» y marchar a una Tierra desconocida y utópica (Gén 12,1-2). Siglos más tarde el Señor, para formarse con la descendencia de Abraham un pueblo verdaderamente nuevo, estima conveniente hacerle salir de Egipto, y aislarlo durante cuarenta años de peregrinación por el desierto, antes de darle entrada en la Tierra prometida. Y durante ese éxodo, para recibir el don grandioso de la Ley divina, Moisés ha de permanecer a solas cuarenta días, alejado de todos los hombres de su pueblo, en la majestuosa altura del monte Sinaí.

En los umbrales de los tiempos nuevos, Juan Bautista espera al Salvador en el desierto. Cristo se aísla totalmente durante cuarenta días antes de la epifanía de su bautismo. Los Apóstoles «dejan todo lo que tienen», salen de su casa, de su familia, de su pueblo, de su trabajo, y comienzan una vida nueva siguiendo a Cristo (Lc 18,28). San Benito en la cueva de Subiaco, San Ignacio en la gruta de Manresa, buscan y hallan a Dios en el apartamiento del mundo. Entra, pues, muchas veces en el plan de Dios que sus más preciosas llamadas e iluminaciones lleguen al hombre en un des-condicionamiento radical del mundo tópico ordinario. «Yo la seduciré, la llevaré al desierto y le hablaré al corazón» (Os 2,16).

El libro del Éxodo, en la historia de la espiritualidad cristiana, se ha considerado siempre con atención privilegiada, viendo en ese formidable movimiento de Israel por el desierto una gran parábola de la Iglesia, que ha de salir espiritualmente del mundo para peregrinar en la esperanza hacia la tierra prometida celestial (2Cor 6,17; 1Pe 1,17; 2,11).

El aislamiento permanente de la vida del mundo, ya desde antiguo, se ha realizado en monasterios, conventos y eremitorios. Y también la peregrinación permanente ha sido, sobre todo en el Oriente cristiano, forma habitual de vida para algunos monjes, que en extrema pobreza mendicante, oraban y andaban sin cesar: «no tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la del futuro» (Heb 13,14).

También ha sido altamente valorada en la tradición espiritual cristiana la expatriación voluntaria por motivos ascéticos (xeniteia). «Era doctrina común entre los espirituales de la antigüedad que no bastaba la renuncia y la separación del mundo para ponerse en el buen camino del monacato; era preciso, además, desarraigarse, salirse del propio medio vital y emigrar al extranjero» (Colombás II,129).

Arsenio, Evagrio, Paladio, Martín de Tours, Paulino de Nola, Casiano y tantos otros, son en la antigüedad muchos los santos y maestros espirituales que, buscando la perfección evangélica, para seguir a Cristo más libremente, se expatrian, «dejándolo todo». Pretenden así situarse en tierra extraña, en pueblo ajeno, en lengua diversa, para vivir más fácilmente en este mundo como «forasteros y extranjeros» (1Pe 2,11). Y en otro sentido, también importante, la

xeniteia viene a ser una forma extrema de pobreza.

San Jerónimo, dalmata autoexiliado en Roma y más tarde en Belén, quiere acompañar a Cristo, desterrado en este mundo. Y así lo aconseja a sus amigos y discípulos: «si deseas la perfección, salte con Abraham de tu patria y de tu parentela» (Epist. 125,20). Abraham, en efecto, abandonó su tierra, «pues no creyó hacedero poseer al mismo tiempo la patria y al Señor» (71,2). Jerónimo, en su personal estilo, a veces un tanto desmedido, llega a decir: «el monje no puede ser perfecto en su patria. Y no querer ser perfecto es un delito» (14,7).

Es cierto que soledad y peregrinación se diferencian en que la peregrinación muchas veces se hace en grupos, viniendo a ser, precisamente, una experiencia estimulante de santa vida fraternal; pero también es cierto que no pocas veces se une deliberadamente soledad y peregrinación. Es el caso, por ejemplo, de San Ignacio de Loyola, cuando se fue solo a Tierra Santa:

«Aunque se le ofrecían algunas compañías, no quiso ir sino solo; que toda su cosa era tener a solo Dios por refugio... Llevando un compañero, cuando tuviese hambre esperaría ayuda de él; y cuando cayese, que le ayudaría a levantar; y así también se confiara de él y le tendría afición por estos respectos; y que esta confianza y afición y esperanza la quería tener en solo Dios. Y esto que decía de esta manera, lo sentía así en su corazón. Y con estos pensamientos él tenía deseos de embarcarse no sólomente solo, mas sin ninguna provisión» (Autobiografía 35). Sólo Dios basta.

La virtualidad transformante de la separación temporal del mundo ha sido también conocida siempre en los noviciados y seminarios de la Iglesia. Estos centros de formación crean con relativa celeridad hombres mental y conductualmente nuevos en la medida en que, por gracia de Dios, tienen fuerza suficiente: 1º, para des-condicionar a los candidatos del mundo viejo del que proceden, y 2º, para re-acondicionarlos al mundo nuevo de los pensamientos y caminos de Dios, que no son, precisamente, los pensamientos y caminos de los hombres (Is 55,8).

En este sentido, la ineficacia sorprendente de ciertos noviciados y seminarios, que en tres, cinco o siete años, se muestran incapaces de producir en las personas cambios profundos y duraderos, se explica en buena parte por la notoria insuficiencia del aislamiento. Fracasan en su intento cuando no tienen fuerza para des-socializar del mundo tópico, ni tampoco para re-socializar en el mundo utópico de la Buena Nueva. Si los formandos van a sus casas continuamente, estudian en centros civiles, y asumen grandes dosis de vida secular en estudios, deportes, viajes, prensa y televisión, etc., pueden pasar por varios años de formación y salir de ellos más o menos como entraron.

La espiritualidad del retiro y de la peregrinación ha tenido también siempre notable importancia en la vida de los laicos, aunque en éstos se produzcan en formas temporales. El Señor ordena que los israelitas peregrinen al Templo de Jerusalén periódicamente (Ex 23,14-17; salmos de peregrinación), y así lo hace la Sagrada Familia (Lc 2,41). Siempre los creyentes, saliendo de su vida ordinaria, han buscado a Dios en tiempos de retiro o peregrinando a lugares especialmente sagrados. Siempre han buscado así con esperanza la nueva gracia necesaria, ese cambio de vida decisivo y deseado.

Uniendo a la oración el ayuno de la vida normal, de este modo, no exento de misterio, por el camino largo, en la hospedería monástica, en unos días de retiro singularmente distantes de las rutinas ordinarias, descubren quizá por vez primera el sentido de una vida orante, pobre y ascética. Y en la peregrinación o en el retiro silencioso, el Señor les ha dado a conocer que habitualmente viven engañados, que muchas de las cosas que estiman necesarias son supérfluas e incluso nocivas, que es perfectamente posible una vida distinta, más sencilla y feliz, más libre, más heroica, más fraternal, y sobre todo, más centrada en Dios, más tensa hacia esa Jerusalén celeste, que está tan próxima.

Los Ejercicios espirituales, por ejemplo, son desde hace siglos un lugar privilegiado para la conversión, el encuentro con Dios, el discernimiento vocacional, el cambio de vida. Pero recuérdese que San Ignacio de Loyola estima

necesario salir completamente de todo el orden tópico de la vida ordinaria: el fiel cristiano, en efecto, «tanto más se aprovechará, cuanto más se apartare de todos amigos y conocidos, y de toda solicitud terrena; así como mudándose de la casa donde moraba, y tomando otra casa o cámara para habitar en ella, cuanto más secretamente pudiere» (20).

Los retiros periódicos y las peregrinaciones, hoy frecuentes entre los laicos que buscan la santidad, proceden de una muy larga y continua tradición. Siempre las hospederías monásticas han acogido por un tiempo a los seculares, ofreciéndoles un ámbito orante, pobre y bello, litúrgico y silencioso. Siempre ha habido órdenes religiosas -Cluny se distinguió en esto, y por supuesto las Órdenes Hospitalarias-, que han suscitado y apoyado las peregrinaciones, viendo en ellas un tiempo utópico, distinto del normal, especialmente abierto a gracias nuevas.

Las peregrinaciones antiguas -a Jerusalén, por ejemplo, o a Santiago de Compostela- solían durar varios meses, cuando no años, y con cierta frecuencia eran el cumplimiento de un voto. El peregrino arreglaba sus asuntos laborales, confiaba su familia a una tutoría segura, hacía quizá testamento, asistía a una conmovedora celebración litúrgica, se despedía de su familia -quién sabe si para siempre-, y abandonándose a la Providencia divina y al cuidado de Santa María, de los ángeles y de algún santo de su especial devoción, iniciaba su largo caminar bajo el sol o bajo las estrellas.

Implicaban, pues, las peregrinaciones una ruptura durable con la vida tópica precedente y una larga inmersión en una experiencia utópica nueva e intensa, que solía estar configurada por una variada tradición de costumbres devocionales y de prácticas caritativas: oraciones, rezos y cantos, visitas por el camino a santuarios señalados, ejercicio de la caridad con pobres y enfermos, etc. No es raro, pues, que Dios obrara con frecuencia maravillas de gracia en los peregrinos.

Santa Ángela de Foligno (+1309), madre de ocho hijos, es iniciada en altísimas iluminaciones con ocasión de una peregrinación a Asís. Santa Brígida de Suecia (+1373), madre también de ocho hijos, peregrina a Compostela con su marido Ulf; y a la vuelta, él ingresa en un monasterio cisterciense, y ella, al poco tiempo, comienza a recibir de Dios notables revelaciones místicas. Muchos otros ejemplos semejantes podrían aducirse.

Siendo esto así, no debemos ignorar, sin embargo, que los antiguos Padres manifiestan a veces ciertas reticencias sobre la utilidad espiritual de las peregrinaciones, precisamente cuando éstas eran a veces excesivamente apreciadas. San Jerónimo, aludiendo a Juan 4,20-23, hace notar que «los verdaderos adoradores no adoran al Padre precisamente en Jerusalén o en el monte Garitzim, pues Dios es espíritu, y sus adoradores deben adorarle en espíritu y en verdad. Y el Espíritu sopla donde quiere» (Epist. 58,2-3).

Y si es verdad que siempre ha existido la tentación de falsificar las peregrinaciones, dejándolas en turismo o en simple viajes de estudio, hay que reconocer que este peligro es hoy, sin duda, mucho mayor que en la antigüedad, ya que entonces la peregrinación se realizaba normalmente en unas condiciones muy duras, que favorecían la autenticidad de su ascetismo religioso.

Pero esto sólo significa que ahora habrá que cuidar con especial atención la calidad espiritual de las peregrinaciones, para que se realicen con pureza de intención y medios santos. Hoy son muchas, felizmente, y cada vez más, las peregrinaciones a Tierra Santa, a Roma, a Santiago, a santuarios marianos, a concentraciones con el Papa, etc. Y en ellas se prueba de hecho con frecuencia -en conversiones duraderas, en suscitación de vocaciones- que Dios sigue comunicando su gracia interna en unión a la gracia externa de la peregrinación piadosa.

Experiencias nuevas temporales

Cada cristiano se ve frecuentemente encerrado en su circunstancia de vida como en una jaula, que en parte él mismo

se ha construido al paso de los años, y que en parte le ha venido impuesta por su entorno personal. Unas veces esa jaula le resulta confortable, y otras, opresiva. Pero en los dos casos se halla como apresado en una malla férrea de condicionamientos diversos, que se exigen mutuamente y que se producen entre sí.

Por otra parte, el apremio laboral del mundo moderno es bastante estricto, y ausencias prolongadas, como aquellas de las peregrinaciones a que antes aludía, no son hoy posibles para muchos. El tiempo de la jubilación, sin embargo, puede abrir la vida a posibilidades nuevas muy valiosas, siempre que el jubilado no sea como un pájaro que, demasiado acostumbrado a su jaula, no sale a volar, aunque le abran la puerta. Y también las vacaciones ofrecen a los adultos y especialmente a los jóvenes, opciones muy importantes. Es un tiempo de libre disposición, que o se malbarata miserablemente en trivialidades y aburrimientos, o es ocasión para preciosas exploraciones y enriquecimientos personales.

Jubilación y vacaciones son, pues, tiempos muy importantes, que deben ser pensados, elegidos y preparados con mucha oración y con todo cuidado. En el tiempo laborioso cada uno tiene la forma de su vida en buena parte sujeta a la necesidad; pero en el tiempo vacacional cada uno recibe una buena dosis de libertad, para dar a su vida la forma que prefiera. Dime cómo pasas las vacaciones y te diré quién eres.

Pues bien, es indudable que muchas veces el salir por un tiempo del planteamiento tópico de la vida ordinaria, para entrar, aunque sea por poco tiempo, en un ámbito utópico mejor, puede ser para el cristiano una ocasión -una gracia externa- de gran importancia en orden a su conversión -que sólo podrá lograr con la gracia interna de Dios-. Pensemos, por ejemplo, en estancias más o menos largas en un Cottolengo, en una Hospedería monástica, en un Centro asistencial, en una Misión, en un Campo de verano, etc. Traeré algunos testimonios.

Una Comunidad de laicos belga, en coordinación con Ayuda a la Iglesia Necesitada, organiza un viaje a Rusia para visitar unos cuantos núcleos de creyentes y llevarles imágenes y libros religiosos.

«Lo que más me conmovió -cuenta uno de los expedicionarios, traductor del ruso- fue el encuentro con una mujer de unos cincuenta años en la parroquia de Nishny Novgorod, en Gorky. Procedía de antiguos círculos disidentes, y tomaba parte en un encuentro de fin de semana que organizaba allí nuestra comunidad de laicos. Cuando estábamos sentados juntos, comenzó a llorar de repente. Lloraba y lloraba. Finalmente, nos dijo que por medio de nosotros había recibido respuesta a todas las cuestiones que durante tantos años no le habían dejado dormir por las noches... ¡Sí, el alma del hombre no encuentra descanso hasta que descansa en Cristo!». Este joven belga ha ido después a vivir a Rusia y se dedica al apostolado de los libros religiosos, allí tan necesario.

Un joven profesional que pasa sus vacaciones en un Centro asistencial de las Misioneras de la Caridad, fundadas por la Madre Teresa de Calcuta:

«Uno de estos infelices acogidos en la Casa me decía el otro día: "en mi vida sólo me han sucedido cosas malas, una detrás de otra. Aquí es la primera vez que conozco gente buena, personas que están dedicadas sólo a ser buenas y a hacer el bien. Nunca había imaginado siquiera que hubiera gente así. Ha sido para mí una revelación tan grande, que me ha llevado a la fe cristiana"... Para mí también es esta Casa una revelación. Todo está pensado en ella para que pasemos el día orando y haciendo el bien. Nunca había experimentado yo una alegría tan pura y tan estable. Los descansos los empleamos en pensar y hablar del bien hecho o del bien que hemos de hacer mañana, o de vez en cuando salimos a caminar, a remar, a visitar algún pueblo. Pero a nadie se le ocurre aquí buscar otros modos de divertirse: bastante diversión hay en la misma Casa.

«Éste es realmente un mundo distinto. Es un milagro diario: existe realmente, existe hace años, y todo hace pensar que seguirá existiendo, por la gracia de Dios. Cuando vuelva a casa... Me da miedo pensar en el regreso a la vida de siempre. Le escribo a mi novia casi todos los días y ella también me escribe, pero veo que no acaba de enterarse de

la novedad que estoy viviendo... Cuando nos casemos y comencemos a vivir en nuestro hogar ¿cómo será posible prolongar allí de alguna manera el ambiente espiritual que en esta Casa se vive?... Algo he oído acerca de que hay una asociación que permite a las familias participar del espíritu de esta Obra, y participar habitualmente en ella... Me tengo que enterar, pero no sé qué podrá dar de sí... Sería para mí criminal volver a la vida de siempre. ¿Pero cómo evitarlo? Ya ve usted que, como suele decirse, "estoy en crisis", aunque confío en que sea para bien. Pida mucho al Señor por mí. Estoy necesitado de un milagro».

Una joven que ha ido a colaborar una temporada en las actividades misioneras y asistenciales que los Siervos de los Pobres tienen en la cordillera andina:

«Padre, siempre le quedaré muy agradecida por haberme sugerido venir aquí. Hace dos días regresamos de la misión. Tuvimos un par de días muy malos, y bajó mucho la temperatura en aquellas alturas. Pasamos un frío terrible, y volví un poco enferma. Ahora le escribo desde la cama, perdone la letra. Visitábamos las casas, el Padre las bendecía con agua, rezábamos un poco con la familia, y les citábamos para la misa y el acto misional. Yo me encargué de dar catequesis a los niños. El último día una de las niñas me agarraba fuerte de una mano, y me preguntaba: "¿cuándo volveréis?". Es la pregunta que nos hacían todos... Aún no se me ha soltado el nudo de la garganta. Yo creo que es esto lo que me tiene enferma, más que el frío o lo que tuvimos que comer. En los veinticinco días que llevo aquí el Señor me ha evangelizado más que en los veinticinco años de mi vida.

«Oigo que llega al patio la furgoneta de la misión, me incorporo y miro por la ventana. Van saliendo las hermanas con sus bolsos y mochilas, quemadas por el sol de altura, sucias de polvo y barro, y todas sonriendo. Éstas no se ponen cremas bronceadoras, y no tienen vestidos bonitos, ni piscinas, ni refrescos, ni viajes, ni videos y revistas, ni perfumes, ni nada de nada, y las veo siempre sonrientes. Pienso en mis amigas de allí, que tienen de todo eso y más, y que cada dos por tres están de mal humor: sólo pensar en ellas me da pena. Qué vacías y perdidas andan, usted lo sabe, y eso que son muy buenas.

«El contraste es impresionantemente grande. Esto es verdad, y aquello es mentira. Esto es vivir para la caridad, y aquello vivir para el egoísmo. Aquí hay alegría, y allá una tristeza que tratamos de superar inútilmente con esto y con lo otro. Aquí todo está ordenado para pasar la vida haciendo el bien; y allá arreglamos la vida para pasarlo bien. En buen lío me ha metido usted, Padre. Ahora tendrá que ayudarme a salir de él. Cuando vuelva a casa, ¿cómo seguirá siendo mi vida? ¿como siempre?»...

Estas experiencias temporales intensas producen grandes conmociones en la cabeza y en el corazón de las personas. A veces, sin embargo, los efectos son muy efímeros y superficiales, y cesan al volver a la rutina de la vida diaria, sin que apenas dejen huellas, como no sea en un orden puramente ideológico y verbal. Pero cuando esos mismos Centros espirituales, misioneros o asistenciales tienen vigor espiritual suficiente para transmitir a los visitantes fuertes claves espirituales de fe y de amor a Jesucristo, o cuando estas claves se afirman al regreso en formas personales o comunitarias, entonces aquellas intensas experiencias pueden dar lugar realmente a una vida nueva, muy distinta y mejor que la vieja. En la vida de la persona hay así un antes y un después de aquella intensa experiencia inolvidable.

«Aquí pasan la vida haciendo el bien, y allí vivimos para pasarlo bien»... La fórmula es exacta. Habrá que volver sobre el tema.